«EL VIAJE DE LAS LOCERAS»: LA TRANSMISIÓN DE TRADICIONES CERÁMICAS PREHISTÓRICAS E HISTÓRICAS DE ÁFRICA A CANARIAS Y SU REPRODUCCIÓN EN LAS ISLAS*

POR

JUAN FRANCISCO NAVARRO MEDEROS**

1. El problema

Queremos comenzar reconociendo, y a la vez advirtiendo, que el tema aquí tratado es de una envergadura tal que exigiría varias monografías independientes. Por tanto, es obvio que no pretendemos entrar a fondo en los problemas, ni mucho menos resolverlos o enseñar nada nuevo. Es sólo una aproximación con el objetivo de llamar una vez más la atención sobre ellos, e intentar promover vías de investigación que vayan más allá de las simples conversaciones entre amigos y/o colegas, que es donde hasta ahora hemos debatido nuestras opiniones sobre los procesos de transmisión de tradiciones cerámicas desde el Continente Africano a Canarias y dentro del propio Archipiélago.

Desde hace años nos hemos sentido atraídos por estos problemas y no pocas veces los discutimos con diversos especia-

* Ponencia presentada en el *I Coloquio "Encuentros Marruecos-Canarias"*. Agadir, noviembre de 1994.

** Departamento de Prehistoria, Antropología e Historia Antigua. Universidad de La Laguna.

listas en cerámicas canarias (pre y post-conquista), pero más intensamente con Julio Cuenca, Ernesto Martín, Matilde Arnay y el colectivo «El Alfar» (José Ángel Hernández, Valentín Benítez y Sebastián Díaz), a quienes queremos agradecer tantas ideas y sugerencias.

Después de la conquista castellana, es decir, después del siglo xv, todo el procedimiento de elaboración de la cerámica popular en Canarias ha sido siempre a mano en cualquiera de sus fases, desde preparar el barro hasta levantar la pieza, que se hacía —y se hace— de varias maneras a tenor del comportamiento de los barros: en unos casos se hacía por moldeado simple, otras mediante el procedimiento del urdido y otras de manera mixta, aunque haya especificidades para piezas concretas. En todo caso, nunca se empleó el torno. La cocción se ha hecho en todas las islas mediante la exposición directa al fuego, en hornos de una sola cámara o en fogatas al aire libre, según los alfares o las circunstancias de la locera. Las diferencias técnicas entre unos sitios y otros son muy pocas, y cuando se ha intentado buscar un contexto de tradiciones alfareras con el que emparentar las lozas populares canarias la primera observación a la que se llegó siempre es que suele observarse distintos grados de alejamiento de las diferentes alfarerías populares de la Península Ibérica. Por el contrario, existe una mayor afinidad global con algunos centros loceros bereberes.

Volviendo a Canarias, en una sociedad agraria tradicional como era la nuestra hasta hace unas décadas, la consideración social y la capacidad adquisitiva de las familias de las alfareras fueron siempre unas de las más bajas. Esta actividad se concentraba en uno o varios centros alfareros en cada isla (en las islas menores generalmente no llegaron a coincidir más de uno en funcionamiento) y estaba realizada exclusivamente por mujeres, de manera que los conocimientos se solían transmitir matrilinealmente o, como mínimo, en el seno de la familia y la comunidad. El papel de los varones en la cadena de producción, cuando existió, era muy secundario. Variaba algo según los alfares, pero no solía ir más allá de colaborar en las labores subsidiarias que representaban mayor esfuerzo físico,

como el acarreo de materias primas o combustible y, en algunos casos, también en el proceso de cocción.

En los grandes centros loceros (como los de La Atalaya, Lugarejo y Hoya de Pineda en Gran Canaria, o el de San Andrés y Candelaria en Tenerife, por citar los mayores) la cadena de producción mantenía un ritmo homogéneo, ya que tenían un mercado muy amplio y podían permitirse una intensa dedicación a esta actividad. En el extremo opuesto, los pequeños alfares sólo abastecían el mercado local, por lo cual la locera trabajaba en tal menester sólo de forma más o menos eventual.

Esta fue la tónica general en todo el archipiélago, donde moldear una pieza cerámica era siempre algo intrínsecamente femenino, como en tantas otras sociedades. Lo contrario sólo se dio en casos excepcionales, como el Guiero, fundador del alfar del Cercado (La Gomera) (COLECTIVO ARGUAYO, 1983), o el inolvidable Panchito, afable locero de La Atalaya fallecido años atrás y que fuera maestro de tantos artesanos actuales. Lo que antes era excepcional hoy se ha hecho habitual entre los modernos ceramistas canarios, que se esfuerzan por recuperar tradiciones en vías de extinción.

Los artesanos-investigadores de nuestro tiempo conocen mucho mejor que nosotros la problemática de estos alfares, si bien la mayor parte de esa información jamás ha sido publicada, sino que sigue circulando por los circuitos de la transmisión oral. A ellos les ha interesado, sobre todo, recuperar los procemientos técnicos de cada alfar, aunque desde hace unos años crece la curiosidad por los orígenes y algunos de estos artesanos han llegado a desvelar información muy valiosa.

Antes de la conquista señalan las crónicas de la misma que los aborígenes de Gran Canaria tenían una excelente cerámica hecha por mujeres especializadas:

> «Tenían mujeres dedicadas para sastres, como para hacer loça de que usaban que eran tallas como tinajuelas para agua. Hacíanlas a mano y almagrábanlas i estando enjutas las bruñían con piedras lisas i tomaba lustre bueno i durable...» (A. SEDEÑO, en F. MORALES PADRÓN, 1978, p. 371).

Los niveles de calidad y estandarización que se observan en los hallazgos parecen insinuar que, aunque no existieran grandes centros alfareros que centralizaran la producción como en épocas recientes, sí al menos talleres locales en las distintas unidades políticas en que estaba dividido el universo social. De las restantes islas existe poca información escrita sobre supuestas divisiones sexual y técnica del trabajo alfarero, salvo para los habitantes de Tenerife:

> «Tenían oficiales que les cortaban los vestidos, y olleros que hacían loza y carpinteros...» (J. ABREU GALINDO, 1977: 297).

Pero el texto es demasiado genérico o ambiguo como para tener como cierto que todas estas profesiones eran desarrolladas por varones. En todo caso, está indicando que existía una cierta división técnica del trabajo.

Respecto a la división sexual, podría ayudar un estudio sistemático de las improntas digitales que se conservan, pero esta deseable investigación aún no está hecha. En todo caso, es muy posible que en todo el archipiélago la alfarería tuviera un carácter femenino. No sólo por la anterior cita para Gran Canaria, sino también porque después de la conquista en todas y cada una de las islas únicamente trabajaron el barro las mujeres, y es, asimismo, lo más habitual entre las alfarerías bereberes tradicionales del continente —antiguas y actuales— con las que se emparentan muy de cerca nuestras culturas indígenas. Respecto a la posible división técnica, probablemente en cada agrupación local de parentesco la producción de loza quedara al cuidado de una o varias de las mujeres, instruidas por vía fundamentalmente materna en esta habilidad. Las tendencias o normas exogámicas de estas comunidades y los sistemas de residencia suponían la movilidad de individuos de unos a otros segmentos de linaje o agrupaciones de parentesco, lo cual facilitaba cierta homogeneización estilística en esta y las restantes actividades artesanales.

Los arqueólogos hemos rastreado muy escasamente sobre todo ello, y en particular sobre los orígenes de estas tradiciones, por varias causas. Entre otras, porque todavía no se conocía la dinámica interna de cada isla y sus procesos de cam-

bio cultural y, en consecuencia, hacer lo contrario hubiera sido aventurarse de manera precipitada. Pero ahora ya empezamos a poseer unos pocos datos sobre las producciones cerámicas de varias islas, que nos autorizan a hacer cautelosas comparaciones entre ellas y también con lo que conocemos del Norte de África. Está claro que ese rastreo de comportamientos analógicos se hace todavía a título muy provisional y destinado a establecer hipótesis.

También está claro que las características formales de los productos alfareros está sujeta tanto a la difusión de ideas como a las necesidades de cada comunidad, a la capacidad de inventiva, a los condicionantes de las materias primas, etc. El producto final que encuentra el arqueólogo es el resultado global de múltiples factores y su difícil labor —muchas veces imposible— será averiguar la incidencia de cada uno de ellos. Aquí nos vamos a ocupar casi exclusivamente de uno de ellos, probablemente el más peligroso y denostado: la difusión de ideas.

2. La investigación

Desde el siglo pasado hasta la década de 1970 la investigación arqueológica canaria sufrió un proceso que pasó desde buscar los elementos comunes a todas las islas hasta sobrevalorar las diferencias insulares.

Durante mucho tiempo la investigación arqueológica canaria valoró los elementos pancanarios sobre los rasgos diferenciadores. Este fenómeno ya estaba presente en los trabajos de nuestros beneméritos investigadores de finales de la pasada centuria, como J. Bethencourt Alfonso, y encontraría renovadas fuerzas a partir de que en 1938 J. Pérez de Barradas (1939, pp. 33-35) hiciera un estudio de los fondos del Museo Canario.

Una etapa intermedia la representaría L. Diego Cuscoy (1963, pp. 52-55), quien comenzó a plantear serias críticas a esta tendencia, valorando la diversidad insular. Aceptaba que había rasgos culturales afines en todas las islas, pero también

grandes diferencias, que intentó explicar a partir de un posible poblamiento común en época neolítica, que llamó *Neolítico de Sustrato*, sobre el cual se superpondrían distintos elementos culturales de procedencias diversas, configurando distintas culturas insulares.

Durante la década de 1970, M. Pellicer acabaría por imponer la valoración de la variabilidad, generada por el propio hecho insular, que se resumía en la conocida frase «cada isla era un mundo aparte», que tan a menudo hemos tenido en la boca todos los que actualmente trabajamos en arqueología.

Sin embargo, eso no ha impedido que volvamos de nuevo la mirada hacia las afinidades o las similitudes entre islas, comenzando precisamente con la cerámica, como hicieran, en primer lugar, M. Arnay de la Rosa y E. González Reimers (1984b; 1987; 1988). No es una vuelta al pancanarismo uniformador, pero sí un primer paso hacia el reconocimiento de lo común entre lo individual, y de los procesos que generaron lo uno y lo otro.

No negamos que nuestro interés por la historia de la alfarería canaria y sus relaciones externas está estrechamente relacionado con una de las líneas de investigación que nos ocupa desde hace años: el estudio de los mecanismos culturales desde una perspectiva diacrónica. La historia de Canarias antes del siglo xv ha venido siendo, paradójicamente, una historia atemporal, donde se desconocía qué es anterior o posterior y, por tanto, no se sabía qué se relacionaba con qué. Difícilmente se pueden interpretar los cambios culturales si carecemos de la dimensión *tiempo*. Nuestro equipo de investigación viene trabajando en ello desde 1981 en la isla de La Palma, a cuya prehistoria se ha dotado ya de una visión temporal o diacronía, y en el futuro esperamos poder hacer lo mismo en otras de las Canarias.

Se trata, como ya hemos dicho más arriba, de interpretar primero los procesos internos de cada isla, para pasar a un segundo nivel que sería buscar las posibles conexiones interinsulares y, luego o simultáneamente, a un tercero, que vendría a ser explicar el poblamiento. Este es el orden lógico que lleva la investigación arqueológica canaria, la cual no ha su-

perado aceptablemente el primer nivel, aunque de forma ocasional la propia investigación nos lleve irremediablemente a hacer incursiones puntuales a los otros dos.

Entre las producciones prehistóricas de La Palma destacan sus cerámicas, por la variedad formal y ornamental que presentan. Bien situadas estratigráficamente, constituyen la referencia precisa para situar diacrónicamente los demás procesos culturales y, además, establecer analogías con otras áreas insulares y extrainsulares. También fue en esta isla donde por primera vez en Canarias se aplicaron sistemas de datación alternativos al C-14, como el paleomagnetismo y arqueomagnetismo (V. SOLER et alii, 1987 y 1987) y recientemente la termoluminiscencia, racemización de aminoácidos y dendrocronología.

Las secuencias estratigráficas estudiadas en La Palma (yacimientos de El Tendal, Belmaco, El Humo, Los Guinchos, Roque de Los Guerra, El Rincón, etc.) nos muestran una constante evolución estilística de la cerámica, que hemos organizado en cuatro fases (J. F. NAVARRO y E. MARTÍN, 1987). Éstas obedecen tanto a la existencia de varias arribadas de población como a una constante dinámica evolutiva interna que se manifiesta en las pastas, tratamientos, morfología de los vasos, así como en las técnicas y motivos decorativos.

En la isla de Tenerife, M. Arnay de la Rosa y E. González Reimers (1984) han estudiado la cerámica guanche, sobre todo —aunque no exclusivamente— en lo que se refiere al material procedente del Parque Nacional de Las Cañadas del Teide. Se trata de evidencias halladas en superficie o depositadas en escondrijos, donde el único referente cronológico es que existen algunos lotes de dos o tres vasijas en estos depósitos cerrados que, por tanto, son contemporáneas entre sí. Han establecido tres Grupos Cerámicos, que la investigación posterior sigue confirmando, pero hoy por hoy desconocemos si cada Grupo es propio de una época, un grupo social o una función (M. C. ARCO, M. C. JIMÉNEZ y J. F. NAVARRO, 1992, pp. 107-108). Conviene confirmar estos extremos a través de las pocas excavaciones estratigráficas de esta isla, pero algunas aproximaciones muy elementales al tema no siempre han dado re-

sultados satisfactorios. Una hipótesis podría ser que detrás de los distintos Grupos pudieran existir, de un lado, tradiciones cerámicas traídas por comunidades diferentes (para no usar el término «grupos étnicos»), que arribaron a la isla de manera simultánea o separada y se instalaron en territorios compartidos o diferenciados, de manera que la aparente mezcla de dos grupos cerámicos en un mismo yacimiento o estrato pudieran reproducir tanto un fenómeno de sincretismo como los sistemas de matrimonio y, cómo no, desplazamientos postdeposicionales en la vertical. Pero, de otro lado, creemos que hay un factor temporal que deberá en su caso confirmarse; por ejemplo, tenemos la impresión de que los tipos II y III, claramente emparentados entre sí, están en Tenerife con anterioridad al tipo I.

En Lanzarote, P. Atoche Peña (P. ATOCHE, M. D. RODRÍGUEZ y M. A. RAMÍREZ, 1989, 208-212) ha registrado una estratigrafía arqueológica en el yacimiento de El Bebedero, que distribuye en tres fases, de la que la primera y la segunda son aborígenes y tienen dos estilos cerámicos sucesivos, mientras que la tercera es ya moderna. Dadas las características del yacimiento, otros investigadores (M. FERNÁNDEZ-MIRANDA, A. TEJERA) plantearon en el I Congreso de la Cultura Canaria la posibilidad de que se trate de una estratigrafía invertida, de manera que la aparente fase antigua pudiera ser en realidad la más reciente. Con posterioridad, el excavador se reafirmó en su postura aportando nuevas pruebas (P. ATOCHE, 1993, 9-11).

En Gran Canaria, ante la ausencia de estratigrafías arqueológicas de amplio desarrollo, las propuestas sobre la evolución cultural de la isla están basadas en postulados esencialmente teóricos (C. MARTÍN, 1983 y 1988), donde las hipótesis propuestas permanecen sin contrastar. La mayor parte de la cerámica es pintada, pero también se conocen algunos pocos restos de cerámicas más toscas y con decoración *modelada* (acanaladuras, incisiones, relieves e impresiones). Las preguntas son: ¿estas últimas son anteriores o simultáneas a las pintadas?; ¿derivan de la misma tradición o de otra?; ¿la diferencia es cultural, funcional o de otro tipo? De momento no hay respuestas aceptables.

Por último, *la alfarería popular canaria* ya despertó la curiosidad de algunos viajeros del siglo pasado, pero en general no será hasta la década de 1970 cuando los alfares que habían logrado mantenerse en funcionamiento empezaron a ser objeto de diversos estudios, de la misma manera que se intentó rescatar la memoria de viejas loceras que tiempo atrás habían abandonado su trabajo, e incluso algunos alfares abandonados han sido revitalizados. Como es lógico, se ha usado la encuesta y la observación del trabajo de los artesanos como procedimientos esenciales de la investigación, con las ventajas e inconvenientes que impone el recurrir a la tradición oral. La primera consecuencia es que las investigaciones hasta ahora han hecho especial hincapié en los procedimientos técnicos y, en algunos casos, se extienden a aspectos sociológicos (A. MEDEROS, 1944; R. GONZÁLEZ, 1977; J. CUENCA, 1981a y 1981b; M. AFONSO, 1983; M. J. LORENZO, 1987; EL ALFAR, 1998; M. A. FARIÑA, 1998; P. BENÍTEZ y D. MARRERO, 1998; J. S. LÓPEZ, 1998; ...).

Pero tenemos muchos menos conocimientos sobre los procesos de transmisión y transformación de esas tradiciones, ya que la investigación sobre ello es, evidentemente, más laboriosa. En general, hasta ahora no hemos ido más allá de una búsqueda mecánica de analogías externas para los aspectos morfológicos y técnicos de las cerámicas canarias. Por este mecanismo se han buscado paralelos sobre todo con las cerámicas bereberes, aunque no se descartan influencias portuguesas o andaluzas. Pero sigue faltando la explicación de la diagénesis, y estamos seguros de que varios de los investigadores que ahora mismo están trabajando sobre estos temas, sean o no a su vez artesanos, están en disposición de hacerlo.

3. LAS CERÁMICAS PREHISPÁNICAS

3.1. *La Palma*

Ya hemos señalado cómo en la *isla de La Palma* las secuencias estratigráficas permiten estudiar los cambios en la

cultura desde los inicios del poblamiento hasta la conquista europea, muy particularmente en lo que se refiere a los cambios tecnológicos y estilísticos de la cerámica, que se insertan en la dinámica general del poblamiento y la evolución cultural de los auaritas (población indígena de la isla), en la que interpretamos la existencia de dos horizontes culturales (J. F. NAVARRO y E. MARTÍN, 1987; J. F. NAVARRO, E. MARTÍN y A. C. RODRÍGUEZ, 1990; J. F. NAVARRO, 1991 y 1998; E. MARTÍN, 1992):

El Horizonte o Período Antiguo está caracterizado por una serie de rasgos culturales que, contemplados en su conjunto, tienen un aparente origen en el actual territorio marroquí. Se iniciaría a mediados del primer milenio a.C. o en su segunda mitad, durando hasta aproximadamente el siglo x de la Era Cristiana, y a lo largo de ese espacio de tiempo se desarrollaron las fases cerámicas I, II y III. Entonces se iniciaría nuestro Horizonte o Período Reciente, en el que se incorporó a la isla una serie de rasgos culturales de origen sahariano, del que es representativa la fase cerámica IV. Por tanto, de más antiguo a más reciente, las fases y subfases cerámicas son (J. F. NAVARRO, 1998) (fig. 1):

FASE I: Las cerámicas adoptan por lo general morfologías simples, salvo unas pocas compuestas con un cuello incipiente o una suave línea de inflexión que no llega a ser carena hasta los momentos finales de esta Fase. Las formas más habituales en el material estudiado hasta ahora son semiesférica, troncocónica invertida, elipsoide vertical y elipsoide horizontal con cuello; aunque algunos pocos fragmentos parecen pertenecer a piezas con tendencias esférica y cilíndrica. Las bases son siempre convexas y al final existen algunas que podríamos denominar plano-convexas, asociadas a vasos de tendencia troncocónica y cilíndrica, preludio de lo que va a caracterizar la Fase II.

La inmensa mayoría de las piezas están sin decorar, salvo unos pocos bordes con impresiones digitales o análogas, y mucho más raro aún —prácticamente testimonial— es la presencia de toscas incisiones o acanaladuras en la pared.

FASE II (fig. 2): Son precisamente estos últimos rasgos los que van a quedar profundamente arraigados durante todo el tiempo que abarca la Fase II en incluso los inicios de la III. En consecuencia, la Fase II se caracteriza por una gran homogeneidad morfométrica, en la que se han estandarizado unos modelos muy concretos: la inmensa mayoría son piezas troncocónicas y cilíndricas, de boca más ancha que la altura de las paredes, con carena baja y base plano-convexa. Junto a ellas hay también piezas de tendencia cilíndrica o elipsoide vertical de paredes más altas (igual o mayor que el diámetro de la boca) y carena o punto de inflexión bajo, que tienen en el borde una estrangulación o un cuello claramente definido; más raras son las vasijas esféricas con cuello cilíndrico. Una variante de las anteriores son los «tofios» o vasos con un gran vertedero. Por último, existen otras formas que tendrán larga pervivencia durante la fase III: los anforoides, los cuencos semiesféricos con gran asa de lengüeta horizontal junto al borde, y los foniles o embudos (estos últimos duran hasta la fase IV). Los bordes de esta Fase II son rectos o ligeramente divergentes, de labios engrosados plano-convexos que en ciertos momentos se inclinan al exterior a modo de suave bisel.

La decoración tiende a intensificarse. Durante la Subfase IIa empiezan siendo incisiones y acanaladuras verticales de trazo poco preciso, pero pronto se imponen la ornamentación acanalada, formando haces de tres a seis líneas verticales en la pared, que alternan con espacios en blanco a modo de metopas. Esas acanaladuras se prolongan por el fondo, convergiendo en un círculo acanalado o un disco en relieve situados en el centro de la base, dando lugar a un característico motivo solar, que a veces se sustituye por círculos concéntricos, solamente el disco o el círculo. La Subfase IIb se caracteriza porque es mayor la precisión, la simetría y la profundidad en el trazo y en los motivos decorativos, y también porque aparecen acanaladuras horizontales alternando y/o combinadas con las verticales.

FASE III: La morfometría de los vasos de la fase III evoluciona con el paso del tiempo. En la Subfase IIIa se mantie-

nen a grandes rasgos los cánones anteriores, con muy ligeras innovaciones en las que se vislumbra cual va a ser la futura tendencia evolutiva. Es durante IIIa, y sobre todo en IIIb, cuando los anforoides son más numerosos; tienen un cuerpo ovoide o elipsoide vertical y un cuello troncocónico o de tendencia cilíndrica, generalmente carecen de asas; y así como en las de Tenerife hay una protuberancia que se prolonga al exterior de la base, como en varios tipos de ánforas romanas y púnicas, en La Palma falta o está al revés, es decir, en el interior, habiéndose incrustado por un orificio preexistente en la base.

A partir de IIIb se diversifican algo más las capacidades de los recipientes. En esta Subfase la carena sube a media altura, de manera que predominan las formas compuesta, la mitad superior troncocónica y la inferior semiesférica o casquete esférico, con base convexa; la mayoría de los bordes son rectos o divergentes, los labios ya no está engrosados y suelen ser convexos, a veces con una acanaladura longitudinal. También son muy comunes los pequeños recipientes semiesféricos, la mayoría en torno a 200 cc. de capacidad, con gran asa de lengüeta a modo de cucharón. En varios depósitos cerrados aparecen una de estas piezas dentro de otra con mucha mayor capacidad[1], un dato que habla de complementariedad funcional.

Durante las Subfases IIIc y IIId, que abarcan un corto período de tiempo, la carena ha subido a la parte alta del vaso, hasta la misma región del borde; de manera que el cuerpo superior es un tronco de cono cuya base mide diez o más veces la altura, su pared es muy convergente y a veces alcanza la horizontalidad. No obstante, en algunas piezas ha desaparecido ya la carena, adoptando forma semiesférica, esférica o elipsoide vertical; y aparecen algunos ejemplares asimétricos, concretamente abarquillados.

En la decoración, la Fase III se define porque la acanaladura convive estrechamente con nuevas técnicas, como las

[1] Estas piezas de tamaño medio o grande suelen ser cilíndricas o troncocónicas en la Subfase IIIa y con carena media en la IIIb. A veces en su interior han aparecido pequeños cuencos semiesféricos con asa, descritos en el texto.

impresiones simples y el relieve. Cada Subfase presenta luego algunas variables técnicas y, sobre todo, diferentes motivos decorativos. Sin embargo, se observa que en este proceso de gran dinamismo, junto a las constantes innovaciones, convive un cierto apego a la tradición. Es decir, aunque se introduzcan motivos decorativos nuevos, los antiguos no desaparecen bruscamente, sino que coexisten durante bastante tiempo, cada vez más limitados o deformados, hasta que acaban por desaparecer. Como norma general no exenta de excepciones, hemos comprobado que las innovaciones en la decoración suelen ocupar la parte superior del vaso, persistiendo las tradiciones anteriores en la parte inferior de las paredes y en la base.

En la Subfase IIIa algunas piezas mantienen las técnicas y motivos de la Fase II, pero lo normal es que las acanaladuras sean más profundas, anchas y de corto recorrido. Además, son comunes las acanaladuras horizontales muy anchas, paralelas y pegadas unas a otras, separadas sólo por unos camellones en suave relieve. Se inicia así el efecto plástico del relieve, todavía muy tenue, sobre el cual se aplican a menudo impresiones lineales, que también son muy características de este momento, aunque perdurarán luego. En la base se mantiene el motivo radial, que unas veces falta y otras está sustituido por acanaladuras formando círculos concéntricos e incluso alguna espiral.

En la Subfase IIIb los relieves son más marcados, combinados con acanaladuras e impresiones formando motivos muy diversos, de manera que es ahora cuando se produce la mayor variabilidad en la decoración de la cerámica. No obstante, una serie de convencionalismos aparecen con mayor insistencia: en la mitad inferior del vaso perdura el viejo motivo radial o solar acanalado, pero ahora trazado con menos precisión; en los espacios en blanco que quedan entre dichos radios, justo debajo de la carena, suelen haber grupos de dos o tres semicírculos concéntricos; en la línea de carena hay una banda en relieve muy marcado, que a veces tiene impresiones; en la mitad superior de la pieza es donde las acanaladuras y los relieves muestran una gran heterogeneidad de motivos (tra-

zos rectos o curvilíneos verticales y horizontales, figuras geométricas, etc.); a la altura del borde suele existir otra banda en relieve.

El breve episodio que representa la Subfase IIIc se caracteriza por el uso casi exclusivo del relieve obtenido por el efecto de anchas acanaladuras. En esto y otras de las observaciones que se hacen en este trabajo tendrán mucho que decir los artesanos actuales que trabajan la loza[2], pero entre tanto creo que estos pseudorrelieves se debieron obtener en realidad mediante acanaladuras, pero ejecutadas de una manera singular: cada zona deprimida es en realidad el producto de dos pasadas paralelas de la «espátula» en posición oblicua, inclinada hacia el centro de la acanaladura doble, dejando al exterior un estrecho camellón en resalte y en el centro un suave lomo. Así se hacían bandas horizontales paralelas. Pero el mismo procedimiento para hacer estas acanaladuras dobles acabó por transformar esas bandas en un motivo oval en el que los extremos curvos se producen al girar el útil para cambiar de dirección, óvalo u «ova» que acabó por generalizarse y caracterizar este episodio estilístico.

Finalmente, en la Subfase IIId, aquellos semicírculos concéntricos que desde IIIb estaban bajo la carena cobran importancia, primero coexistiendo brevemente con los óvalos y luego imponiéndose definitivamente. Entonces la técnica con que tradicionalmente venían ejecutándose, es decir, la acanaladura, recupera importancia y destreza, aplicándose unas muy pegadas a otras, estrechas y profundas. La mitad o el tercio inferior del vaso queda liso, pero el resto está decorado de forma muy abigarrada, mediante combinaciones de motivos hechos a base de acanaladuras paralelas que forman, sobre todo, haces de semicírculos concéntricos y de líneas rectas, pero también hay círculos concéntricos, algunas pocas espirales y meandros. Esta clara similitud con elementos iconográficos

[2] Los artesanos actuales que trabajan la loza y han investigado los procedimientos usados por los antiguos canarios para decorar la cerámica, en una suerte de arqueología experimental, tienen mucho que decir en este y otros muchos terrenos. Es más que probable que algunas de las observaciones aquí vertidas deban ser revisadas a la luz de su trabajo.

del arte rupestre palmero, llevó a pensar a algunos en la posibilidad de que lo uno y lo otro se realizó en la misma época (M. S. HERNÁNDEZ, 1978). Posteriores investigaciones permiten afirmar que los petroglifos de esta isla fueron realizados a lo largo de un vasto período de tiempo, y que durante la Fase cerámica III tuvieron su época de máximo apogeo, lo cual explicaría el gran mimetismo o la gran carga simbólica de la decoración que tenía la loza hecha al final de este período estilístico.

FASE IV: En esta Fase ya no hay carenas, salvo algunos ejemplares en un primer momento de tránsito, que adoptan formas propias de la Subfase IIId y técnicas decorativas características de IV. Predominan las formas elipsoides horizontales y esféricas, de bordes convergentes y labios a menudo con bisel interior. Ahora desaparecen los anforoides y los cuencos con asa, aunque se mantienen los foniles.

En la decoración ahora hay una ruptura que también se detecta en otros elementos de la cultura. No dudamos que hayan influido en ello causas endógenas de índole estructural, pero tampoco descartamos que se haya producido una arribada de población de origen sahariano, con entidad suficiente o en un contexto tal que permitiera estimular ciertos cambios en la cultura, que denominamos *Horizonte Reciente* (J. F. NAVARRO y E. MARTÍN, 1987; J. F. NAVARRO, 1991; E. MARTÍN, 1992 y 1993). La decoración vuelve a cubrir toda la pared, en una especie de «horror vacui». En la Subfase IVa se emplean como técnicas las incisiones (continuas y discontinuas, horizontales y oblicuas) y, sobre todo, una amplia gama de impresiones simples: ungular, punteado, lineal, estampillado; impresiones complejas: lineal basculante, de peine, de peine basculante, surcos de impresiones («sillons d'impression»), etc. Con ellas se forman bandas horizontales en las que se van alternando varias de estas técnicas, o las mismas pero aplicadas en distinto sentido. Los labios suelen llevar abigarradas impresiones ungulares o lineales.

Esta gran complejidad tiende a simplificarse en la Subfase IVb. En primer lugar, la base vuelve a estar sin decorar o

se hace de manera muy tosca. El resto de la pared se cubre con una ornamentación algo menos densa y en la que dejan de emplearse aquellas técnicas que exigen un mayor trabajo o detenimiento, como pueden ser las impresiones de peine, los surcos de impresión y las basculantes lineales y de peine. Por el contrario, ahora son más habituales las incisiones continuas horizontales y discontinuas oblicuas, alternando con impresiones lineales y de punteado, sobre todo.

Las fases I y II de La Palma son claramente dos etapas evolutivas dentro de una misma tradición cerámica que, como hemos dicho antes, tuvo con probabilidad un vago origen oeste-maghrebí, ya que allí encontramos las mayores asociaciones de analogías. Las tradiciones de cerámicas acanaladas y/o impresas en el Maghreb ya arrancan desde el *Neolítico Mediterráneo* o de *Tradición Mediterránea*, cuyas facies regionales y secuencias cronológicas no se conocen suficientemente y, menos aún, la posterior perduración de algunas de esas cerámicas en tiempos protohistóricos. Se han dado a conocer más las de la región de Orán (H. CAMPS-FABRER, 1966; G. AUMASSIP, 1971; G. CAMPS, 1985; entre otros muchos) y las de la zona de Tánger (A. GILMAN, 1975), mientras que para las cerámicas prehistóricas y protohistóricas de la fachada atlántica marroquí la información está más dispersa y sin sistematizar. Otro problema añadido es su ensamblaje con el mundo de los grabados geométricos y otras manifestaciones culturales también presentes en La Palma.

A la luz de lo que conocemos actualmente, cerámicas con rasgos similares a las fases I y II de La Palma las encontramos en varias islas más, como veremos en los apartados 3.2 y 3.3.

La cerámica de la fase IV o Período Reciente es exclusiva de esta isla. Ya hemos dicho que tiene claras connotaciones saharianas y una mayor afinidad con los grupos tardo-neolíticos y post-neolíticos del Sahara Central, Noroccidental y Meridional. En el Sahara Atlántico, desde Mauritania al Sur de Marruecos, zona más próxima a las islas, la cerámica está mal conocida o mal publicada. En todo caso, un rasgo distintivo de la cerámica palmera de la subfase IVa son los surcos

de impresiones («sillons d'impression»), muy característicos del Sahara en general y frecuentes en el Hoggar, Mouydir, Tassili, al sur de la Tamesna y Tanezrouft, Teneré y Sahara Atlántico. Coincide con la franja de dispersión de las figurillas antropomorfas, similares a las que también aparecen en La Palma asociados a este tipo de cerámica. Estas cerámicas en Chad se inscriben en el Neolítico Final y Hierro Antiguo (100-400 d.C.) (F. TREINEN-CLAUSTRE, 1982), mientras que en la fachada atlántica del Sahara, concretamente en Mauritania, duran algunos siglos después de la Era Cristiana (R. VERNET, 1989 y 1993).

3.2. *Tenerife*

En Tenerife, los grupos cerámicos II y III presentan una gran afinidad morfotécnica entre sí, habiendo valorado M. Arnay (comunicación oral) la posibilidad de que las diferencias entre ambos puedan deberse a una evolución interna o a razones de índole funcional. A los grupos II-III se opone el grupo I, ya que las excavaciones más recientes revelan que los grupos II y III suelen aparecer asociados en múltiples yacimientos o niveles arqueológicos, mientras que el grupo I aparece separadamente de manera habitual, salvo excepciones que habría que explicar.

Las cerámicas de la asociación II-III (M. ARNAY y E. GONZÁLEZ, 1984a, 94-102) (fig. 3) presentan gran similitud con las de las fases I y II de La Palma en lo que respecta a las formas, técnicas de fabricación, algunos apéndices, así como técnicas y motivos decorativos. En Tenerife, como en La Palma, el labio suele ser convexo o plano con engrosamientos laterales, borde de tendencia recta o ligeramente divergente, forma de tendencia cilíndrica o troncocónico-invertido. Las parte superior de las paredes se decoran con acanaladuras o incisiones verticales, formando varios motivos muy similares entre sí: lo más común es una franja continua de acanaladuras/incisiones verticales que, a menudo, se rematan por debajo con trazos horizontales, como en Fuerteventura; otras veces

forman haces de acanaladuras/incisiones verticales que alternan con espacios en blanco, o con otras horizontales, igual que en La Palma.

A ello se añade una coincidencia extraordinaria en los llamados «anforoides» o «ánforas», que aparecen en ambas islas, con morfología y decoración muy similar (M. ARNAY y E. GONZÁLEZ, 1987). En el caso de las ánforas de Tenerife (M. ARNAY, E. GONZÁLEZ, C. GONZÁLEZ y J. A. JORGE, 1983) es imposible aún determinar su cronología por las razones arriba aducidas, pero en La Palma estos anforoides casualmente aparecen también por primera vez con la fase cerámica I, tienen su pleno apogeo durante la fase II y luego perduran algo en la fase III. Es decir, en La Palma las ánforas son propias del Horizonte Antiguo. En alguna ocasión se intentó paralelizar este tipo de recipientes con los grandes vasos ovoides del Neolítico de Tradición Capsiense norteafricano, pero parece más probable que lleven el sello de la influencia púnica sobre los bereberes.

Una nueva coincidencia existe en el procedimiento de reparación de los recipientes agrietados. Las cerámicas palmeras desde el Horizonte Antiguo (fases I, II y III), con frecuencia fueron reparadas por el sistema de lañado, del cual quedan como testigos los agujeros a ambos lados de la grieta. Luego, durante el Horizonte Reciente (fase IV), la técnica perduraría. Lo mismo ocurre con los vasos del grupo II de Tenerife, los únicos de esta isla que presentan esa técnica de reparación (M. ARNAY, E. GONZÁLEZ, A. MARTÍN y J. A. JORGE, 1985).

El grupo I (fig. 4) se caracteriza por sus formas ovoides y esféricas; pasta y tratamientos de superficie mejor cuidados que en los otros dos grupos; dos apéndices muy característicos, como son el mango vertical y el vertedero de boca más ancha que la base, labios biselados o planos generalmente decorados con impresión lineal muy densa; paredes sin decorar. En el pasado fue asociado al Neolítico de Tradición Capsiense, si bien hoy sabemos que el supuesto parentesco es más complejo, porque les separa una notable distancia cronológica.

Pudiera ser que este estilo cerámico surgiera por una cuestión meramente funcional, vinculada sobre todo a las labores

pastoriles, ya que es muy frecuente en los campos de pastoreo estacional y, además, algunas de sus formas se adaptan especialmente a las labores de ordeño. Sin embargo, siendo así, ¿por qué las vasijas de este grupo no aparecen asociadas a las de los otros dos en los contextos habitacionales?; y, si fueron realizadas por las mismas manos, ¿por qué el grupo I presenta características técnicas tan distintas a los otros? Otra posibilidad sería que ocupara diferente posición en el tiempo, bien por mera evolución interna o ayudada por estímulos exteriores. Tampoco puede descartarse que en la misma isla coexistieran dos tradiciones alfareras.

Las más recientes excavaciones arqueológicas y la revisión de otras más antiguas ratifican la dicotomía. A lo largo de las secuencias estratigráficas frecuentemente observamos un desarrollo vertical de los grupos III-II, sin que aparezca el grupo I o, cuando está presente, es en los niveles superiores. Ello refuerza nuestra opinión de que los grupos II-III son en realidad un mismo estilo cerámico, que está presente en la isla con anterioridad al grupo I, y que, una vez se desarrolló este último, ambos coexistieron. Actualmente trabajamos en esta línea.

De momento no es posible saber las causas de su origen. En este punto nos aventuraremos a especular brevemente —sólo especular— sobre la posible explicación histórica del proceso. No descartamos, entre otras explicaciones, que ello esté relacionado con la llegada a la isla de dos contingentes humanos en momentos distintos, en un fenómeno en cierta manera comparable al que hemos detectado en La Palma. El mito social de *los trasquilados*, pudiera tener relación con esto:

> Tenían los de esta isla que Dios los había hecho de tierra y agua, y que había criado tantos hombres como mujeres, y les había dado ganado y todo lo que habían menester, y que, después de criados, le pareció que eran pocos, y que crió más hombres y mujeres, y que no les quiso dar ganado; y que, pidiéndoselo, respondió que sirviesen a esotros, y que ellos les darían de comer; y de allí dicen que descienden los villanos, que llaman "achicaxna"...» (J. ABREU GALINDO, 1977 [1632]: 297).

Este mito sociogónico explicaba su ordenamiento social y, a la vez, lo justificaba como una obra divina (A. TEJERA, 1992: 63-64). Había dos grupos sociales separados jerárquicamente, aunque no existiera un gran abismo en su modo de vida. De un lado, estaban los nobles, a su vez divididos en dos categorías —*achimencey* y *cichiquitzo*—, que detentaban los derechos sobre la tierra y el ganado, y se distinguían externamente por llevar el cabello largo. De otro, se encontraba el grupo dependiente o *achicaxna*, que trabajaban para los anteriores y llevaban el pelo recortado.

Quizás sería demasiado simplista creer al pie de la letra el orden cronológico en que unos y otros aparecieron en la isla, tal y como se expresa en el mito. Es decir, que primero llegarían los unos y, luego, los otros, que habrían sido aceptados con restricciones respecto al derecho sobre los medios de producción. Lo cierto es que no conocemos el mecanismo originario que dio lugar a la jerarquización, pero, en buena lógica, podría entenderse que, una vez consolidado este ordenamiento social, si arribase un nuevo grupo de personas a la isla, inmediatamente pasarían a engrosar las filas de los achicaxna.

La cerámica del grupo I, además de en los niveles superiores de muchas cuevas de habitación, donde aparece más frecuentemente es en los campos de pastoreo estacional. En este punto, nos preguntamos, ¿no podría ser un estilo creámico desarrollado por los pastores achicaxna, para adecuarlo a sus funciones específicas; o que incluso fuera introducido en la isla por un contingente poblacional tardío que pasó a engrosar el grupo de los achicaxnas?

3.3. *Fuerteventura, Lanzarote, La Gomera y El Hierro*

En *Fuerteventura* (fig. 5) y en Lanzarote encontramos también ciertas analogías con los grupos II-III de Tenerife y con la fase II de La Palma. Existen cerámicas con las mismas formas u otras, decoradas mediante acanaladuras que, en buena medida, reproducen los mismos esquemas conceptuales que las de la fase II auarita y el grupo II de Tenerife. La acanala-

dura, como técnica común que adopta diversos motivos o composiciones, tiende, sobre todo, a presentarse en trazos verticales que arrancan del borde o de los hombros del vaso, a veces en una franja continua y otras formando haces (F. HERNÁNDEZ y M. D. SÁNCHEZ, 1983; C. ACOSTA, M. CEJUDO y J. MIRANDA, 1988; M. ARNAY y E. GONZÁLEZ, 1988b). El caso más sorprendente de analogía palmero-majorera reside en los denominados «tofios» o «tabajostes», característicos recipientes de tendencia cilíndrica o troncocónica con gran vertedero, a veces decorados de la manera descrita, que son frecuentes en Fuerteventura y, asimismo, existen durante la fase cerámica II de La Palma.

En *Lanzarote* (fig. 6) la mencionada secuencia de El Bebedero (P. ATOCHE, M. D. RODRÍGUEZ y M. A. RAMÍREZ, 1989; P. ATOCHE, 1993) va desde los estratos V y IV, que sus excavadores denominan «Bebedero 1», cuyas cerámicas son lisas, con paredes de tendencia rectilínea generando formas troncocónico-invertidas de base plana, que luego tienden a desarrollar cuellos; algo similar, salvando las distancias, al proceso que sufre la fase I de La Palma. El nivel III contiene la fase «Bebedero 2», cuya cerámica es de mejor calidad y está decorada con impresiones e incisiones. No sabemos en qué medida esta secuencia es representativa o no de lo que sucede en el resto de la isla. En todo caso, aquí hay una interesante evolución que convendría comprobar en otros yacimientos.

En *La Gomera* (fig. 7) también se carece de sistematizaciones como la de Tenerife o secuencias como la de La Palma. Algunas cerámicas de esta isla pueden compararse con las de Tenerife, con ciertos matices, aunque hay materiales difícilmente analogizables, exclusivos de una isla y de la otra. Por ejemplo, el grupo I de Tenerife no tiene parangón en La Gomera. Sin embargo, los grupos II y III sí que tienen ciertas correspondencias en La Gomera, compartiendo algunas pocas afinidades con El Hierro. A título de ejemplo, queremos destacar la afinidad con esos grupos guanches que tienen los habituales recipientes gomeros semiesféricos, en casquete esférico o incluso de tendencia troncocónica invertida, con bordes rectos o divergentes de labios planos y engrosados; superficies

espatuladas o toscamente alisadas. Lo mismo que los vasos de tendencia esférica, semiesférica o elipsoides horizontales, paredes bien alisadas, con bordes convergentes y engrosados, a veces decorados con impresiones en el labio (J. F. NAVARRO, 1992, 123-137).

Para la isla de *El Hierro* (fig. 8) (M. C. JIMÉNEZ, 1993) carecemos aún de secuencias definidas y sus cerámicas todavía no están suficientemente estudiadas. Sin embargo, ya M. Arnay de la Rosa y E. González Reimers (1984b y 1988) llamaron la atención sobre algunas analogías entre ciertas cerámicas de El Hierro, La Palma y Tenerife. Justamente se trata, una vez más, de cerámicas herreñas que tienen rasgos similares a las del grupo II de Tenerife y a la fase I de La Palma, tanto a nivel de formas como en el resto de las características técnicas: labio plano con engrosamientos laterales, borde de tendencia recta o ligeramente divergente, ausencia de decoración en la pared, pasta regular, superficie espatulada o toscamente alisada, forma de tendencia cilíndrica o troncocónico-invertido (M. ARNAY y E. GONZÁLEZ, 1988, 649-650).

Desde luego, es sugerente este cúmulo de analogías. De todas maneras, todavía es algo precipitado hacer mayores comparaciones, mientras no conozcamos con cierta profundidad la distribución temporal y espacial de los rasgos cerámicos de cada una de estas islas, y valoremos los procesos adaptativos y de evolución interna de cada una, para luego poder interpretar qué es producto de una comunidad cultural de origen, qué obedece a supuestos contactos posteriores entre islas e incluso hasta qué punto algunas analogías pueden deberse a un fenómeno de convergencia.

3.4. *Gran Canaria*

Tradicionalmente se ha aceptado que la cerámica aborigen de Gran Canaria tenía unas características singulares dentro del Archipiélago, sin el menor asomo de analogías en otras islas. Esta afirmación es válida para el grueso del material conocido, que constituye un complejo homogéneo de cerámi-

cas con excelente calidad, bruñidas y/o pintadas, que aparece de manera abrumadora en los yacimientos de esa isla, y que realmente se aparta de las tradiciones alfareras de las que hasta aquí hemos venido hablando.

Sin embargo, además de esa loza característica de Gran Canaria, de la que luego nos ocuparemos, existen unas pocas evidencias que se apartan de la tónica general: cerámicas generalmente alisadas, a menudo de pasta menos cuidada y decoradas con *incisiones, acanaladuras, impresiones y relieves*. Se trata de materiales generalmente descontextualizados o mal documentados, la mayoría de ellos —aunque no todos— procedentes de excavaciones o prospecciones antiguas. Esas mismas técnicas se usaron habitualmente para decorar o crear los rasgos de los sellos-pintaderas y de los ídolos. Por tanto, las dudas que se nos plantean son muchas: ¿la cerámica con decoración no pintada tiene un origen distinto o común a la pintada? Si el origen es distinto, ¿qué cronología tienen? ¿Están relacionadas estas cerámicas singulares con las de otras islas? ¿Pudiera ser que, simplemente, se han trasladado a algunos recipientes, de manera ocasional o inusual, las técnicas de decoración habitualmente usadas para ídolos y pintaderas?

De entrada, advertimos que no debe descartarse el que algunos fragmentos de cerámica con incisiones o impresiones, publicados como trozos de vasijas (S. JIMÉNEZ, 1958, 225), sean en realidad parte de ídolos o de elementos similares. Otras veces, en una misma vasija coexiste la pintura con las restantes técnicas; y en algunas excavaciones han aparecido algunos pocos fragmentos de cerámica de estas características asociados a cerámicas pintadas, en los mismos niveles arqueológicos. Esto último sucede, por ejemplo, en Los Barros (J. F. NAVARRO, 1990, 218-219), donde unos pocos fragmentos de cerámica incisa y acanalada aparecieron junto a la pintada en el nivel más reciente, cuando la cerámica pintada ya tenía una larga tradición y había sufrido cierto proceso evolutivo. Por tanto, lo primero que parece estar claro es que, de momento, no puede decirse que una tradición alfarera haya sustituido a la otra. Incluso en los supuestos casos de que fueran tradiciones distintas, una anterior y otra posterior, ambas cosas son muy difíciles de demostrar.

La cerámica pintada (figs. 9-10) de Gran Canaria es, dentro del Archipiélago, la que presenta un mayor desarrollo técnico y estilístico. Está claro que la producción alfarera de esta isla llevaba aparejado una especialización que no tuvo parangón en las restantes islas, de tal manera que los propios conquistadores ya repararon en la calidad del producto. Un producto que alcanzó notables niveles de estandarización, donde forma y función estaban claramente relacionadas, existiendo normas morfotécnicas específicas para funciones concretas.

Los fondos suelen ser planos. Las formas pueden ser simples o compuestas (con carenas y cuellos), existiendo una compleja tipología que no creemos necesario describir en su totalidad, aunque sí destacar algunas formas. Entre las simples: A) Los grandes platos en forma de casquete esférico, normalmente sin apéndices, que estimamos tuvieron la función de tostadores; probablemente fueron hechos con el recurso de un molde simple, luego la cara interna se alisaba y a veces también la externa, pero casi nunca se preocupaban de bruñir ni pintar, porque lógicamente estas piezas solían tener una vida muy corta. B) Ollas esféricas o elipsoides horizontales (fig. 9, G), con dos asas opuestas en la parte superior de la pared, que en la mayoría de los casos son asas de oreja verticales perforadas simples y, a veces, asas verticales perforadas acodadas; tienen tapadera con dos apéndices iguales a los del vaso; la superficie alisada o bruñida, pocas veces almagrada, ya que estas vasijas se exponían al fuego. C) Vasos troncocónicos, a veces hiperboloide, que en el arranque de la pared poseen una sóla asa horizontal trapezoidal perforada; superficies bruñidas y pintadas (fig. 9, A).

Entre las compuestas citaremos: D) Vasos carenados, la mitad superior hiperboloide y la mitad inferior casquete esférico, con un asa exactamente igual que en el caso anterior (fig. 9, B), con el que parece guardar relación. E) Grandes recipientes de almacenamiento (fig. 9, F), de cuerpo ovoide invertido con base plana, cuello generalmente hiperboloide, con grandes asas acodadas en número de dos o cuatro y a veces cinco (una en la base); no siempre están pintados. F) Vasijas de tamaño medio (± 1 a 4 litros) de cuerpo ovoide invertido

con base plana, cuello hiperboloide; tienen dos asas-pitorro gemelas en los hombros (fig. 10, A-B), que son muy características de estos vasos y que para algunos tendrían tendrían forma fálica intencionada.

La decoración emplea tres grupos cromáticos: rojo, negro y blanco. El primero, el más común, es almagre que se aplica de tres maneras: dibujo con almagre (con la pintura se trazan los motivos decorativos); reserva de almagre (los espacios sin pintar forman el motivo decorativo); almagre integral (cubriendo toda la superficie). El negro y el blanco se obtuvieron con engobes naturales que son escasos en la isla, y tenemos la impresión de que su generalización fue tardía, a la luz de lo que señaló la estratigrafía de Los Barros. Pocos vasos tienen pintura negra acompañando a la roja, y muchos menos aún contienen blanca que, cuando aparece, son sólo pequeños trazos junto a diseños mayores en negro y grandes superficies rojas. Los motivos son geométricos, que a veces forman complicadas composiciones, en las que predominan los triángulos, además de bandas paralelas y otras.

Aunque parece indudable que esta cerámica tiene un remoto parentesco mediterráneo, no hace falta recurrir a una arribada directa desde las islas del Mediterráneo Central o desde la Península Italiana, durante el Neolítico o en el Bronce. Es evidente que las formas y asas descritas tienen claros paralelos en Cerdeña, Sicilia y el Sur de la Península Italiana; y si lo que se pretende es hacer un rastreo indiscriminado, podríamos ir a hacerlo en Cerdeña desde el Neolítico Antiguo hasta la eneolítica Cultura de Ozieri y posteriores; y acercarnos hasta Sicilia para bucear en las culturas de Serraferlicchio y Castelluccio; o hasta la Cultura Apenínica del continente. No cabe duda de que existen algunos paralelos formales con esos y otros ambientes culturales. Sin embargo, todas las anteriores, que en algún momento han sido citadas en la bibliografía arqueológica canaria, están tan distantes espacial y cronológicamente de la/s cultura/s prehispánica/s grancanaria/s, que no creemos factible seguir haciendo comparaciones directas.

El Maghreb —la ribera meridional del Mediterráneo— sigue siendo aquí nuestro ámbito de referencia inmediata. La

cerámica modelada de fondos planos, a menudo decorada con pintura formando motivos geométricos o florales, fue probablemente la más característica de la prehistoria más reciente o protohistoria maghrebí (fig. 11). Su origen pudiera estar vinculado de alguna manera al incremento de relaciones del Maghreb Central y Oriental con las islas del Mediterráneo Central e Italia, durante la segunda mitad del segundo milenio a.C. y principios del primer milenio, para luego difundirse por gran parte del Norte de África. Este es un fenómeno ampliamente conocido (H. BALFET, 1956; G. CAMPS, 1961 y 1964; A. JODIN, 1964; ...), por lo que no merece la pena detenernos más en él.

La secuencia estratigráfica de la cueva del Ghar Cahal, en el Norte de Marruecos, ha sido un referente bien conocido —y discutido— sobre la seriación cerámica en esta parte del país. En varios de sus niveles han aparecido unas cerámicas pintadas mediante líneas paralelas, formando ángulos encajados, reticulados y otros motivos, que encontramos muy frecuentemente en la cerámica pintada de Gran Canaria. A pesar de los notables problemas estratigráficos, su excavador (M. TARRADELL, 1954) asociaba las cerámicas pintadas al nivel IIIb, que él asoció al Bronce I. En una reciente revisión de dicho material, J. Onrubia (1995) (fig. 11, A) destaca las perturbaciones estratigráficas y la irrupción de materiales históricos en niveles aparentemente prehistóricos. Comparándolo con otras cerámicas marroquíes de contextos arqueológicos, concluye que la morfometría y la decoración de estas cerámicas pintadas de Ghar Cahal aparecen igualmente asociadas en niveles protohistóricos y en contextos habitualmente considerados «históricos» de muchas cuevas del noroeste de Marruecos, y son los precedentes de la cerámicas populares actuales del Magreb Occidental (J. ONRUBIA, 1995: 138-140).

De esa cerámica modelada protohistórica posteriormente se derivaron, a su vez, algunas de las tradiciones alfareras bereberes, las cuales sufrieron mucho más tarde, en mayor o menor medida, el influjo de las manufacturas introducidas por los árabes. No pocos centros alfareros se mantuvieron férreamente como herederos directos de esa tradición. Precisamen-

Medio, y los del Rif, como Oued-Lau, Al-Hoceima, Bou-Assel, Bou-Mendara... Los paralelos descienden en los alfares argelinos de Chenoua, Ouarsenis, Nementcha y la zona al Este de Constantina, así como en los vecinos de Túnez; mientras que la cerámica del Aurés tiene connotaciones en buena medida distintas a lo anterior (vid., entre otros, A. VAN GENNEP, 1918; J. HERBERT, 1922; H. BASSET, 1925; G. LEFEBVRE, 1967; J. C. MUSSO, 1971; D. GRUNER, 1973; J. B. MOREAU, 1976; MARA, 1982; A. ALARCÓN, 1987; F. DE SANTOS, 1991; V. FAYOLLE, 1992; etc.).

Probablemente éste fue el único tipo de loza en toda Canarias que tuvo posibilidades de perdurar después de conquista, por su capacidad para competir con las producciones importadas, y por eso hemos defendido la tesis de que en ella está buena parte de las raíces de las cerámicas populares históricas de la mayoría del Archipiélago.

4. LA ALFARERÍA POPULAR DE ÉPOCA HISTÓRICA (figs. 14 y 15)

Después de la conquista, durante un tiempo que es difícil de fijar, fuera de los pocos y elementales centros urbanos creados por los conquistadores, los aborígenes debieron mantener sus tradiciones cerámicas. Los europeos instalados en las islas se abastecían de lozas importadas, que evidentemente adquirían un precio sobre-elevado a causa del coste del transporte. Por ese motivo, varios alfareros peninsulares, por lo general andaluces, intentaron instalarse en las islas (conocemos casos en Tenerife, Gran Canaria, La Gomera...) en momentos sucesivos, desde principios del siglo XVI (R. GONZÁLEZ, 1977, 15-16). El Cabildo de Tenerife intervino en este tema y el siguiente documento ilustra suficientemente:

> «...había venido a esta isla y villa de San Cristóbal un ollero bueno de la ciudad de Sevilla, que venía para la isla de Canaria para usar de su oficio y que a ruego de algunos señores había parado aquí y había experimentado muchos barros y hecho muchas vasijas y como había venido alcanzado... suplicase al Ayuntamiento que le pres-

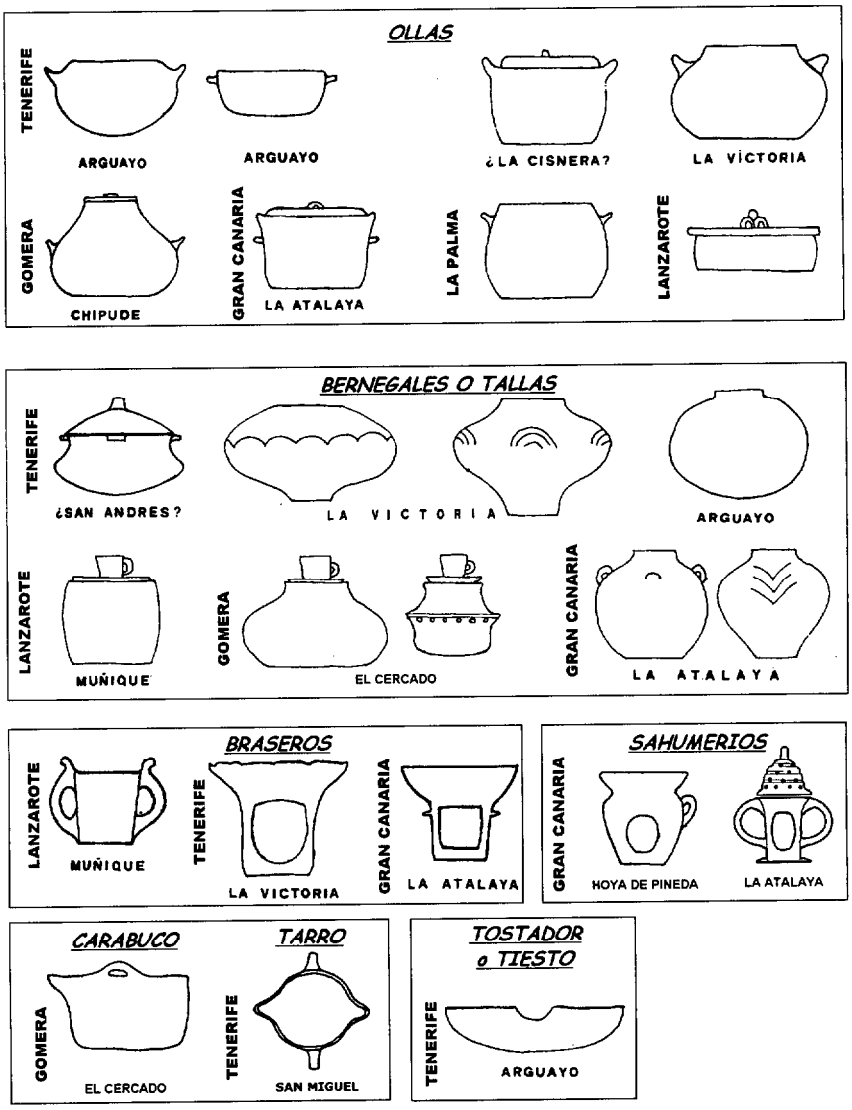

FIG. 14.—Cerámica popular de las Islas Canarias: Algunas de las piezas más comunes (R. GONZÁLEZ ANTÓN, 1977: modificado por J. F. NAVARRO).

> tasen tres mil mrs. (testado, seis mil) para tres o cuatro meses, para armar sus barreros y hornos porque no tenía facultad con que los hacer, y que es muy util, porque además de las vazijas, hace formas para azúcar y tinajas grandes para vino. Los señores dijeron que le prestan dos mil mrs. por cuatro meses...» (E. SERRA y L. DE LA ROSA, 1965, 141).

Al parecer tuvieron escaso éxito, ya que los barros canarios se adaptaban mal a sus técnicas de elaboración y a algunos tipos de piezas como, por ejemplo, las grandes tinajas. El fracaso hizo que unos abandonaran el intento, otros limitaran su producción a algunos tipos de piezas o que recondujeran su actividad hacia la fabricación de tejas. Durante gran parte del siglo XVI, aún aparecen en la documentación individuos de sexo masculino y origen extra-canario, cuya profesión es la de «tinajero» y, sobre todo, «ollero», que no sabemos si es un apelativo genérico equivalente a «alfarero» o, por el contrario, indica especialización en hacer ollas o tinajas. Así, en 1524 había un tinajero en Daute (Tenerife) (E. SERRA y L. DE LA ROSA, 1970, 259); en 1532 estaba en Arucas (Gran Canaria) el ollero Mateos de Beas, probablemente originario de Huelva (M. LOBO, 1982, II-68); el mismo año había en La Laguna (Tenerife) un maestro ollero portugués (L. DE LA ROSA y M. MARRERO, 1986, 366).

Sin embargo, así como la documentación escrita menciona estos intentos, luego hay un cierto vacío de información de prácticamente dos siglos, por lo que es muy difícil saber qué mecanismos dieron lugar a la gestación de los alfares populares que perduraron luego hasta la actualidad o hasta hace unas décadas, según los casos. Las primeras noticias que conocemos, ya del siglo XVIII, presentan unos alfares consolidados y en manos de mujeres.

4.1. *Alfares de Gran Canaria: ¿pervivencia aborigen?* (figs. 14 y 15C)

Otros autores han defendido ya con anterioridad que la loza popular de Gran Canaria es heredera directa de la indí-

gena. Efectivamente, las analogías tecnológicas son sorprendentes, y en menor proporción las morfológicas. Toda la cadena de fabricación parece estar enraizada en la tradición prehispánica, desde la obtención y preparación de las materias primas hasta el sistema de guisado, pasando por el modo de levantar la pieza y el masivo empleo de almagre. El propio tipo de vivienda de las alfareras, en cuevas artificiales, entronca con la cultura de los antiguos canarios (J. CUENCA, 1980; 1981a; 1981b). La morfología de los recipientes ha variado de manera sustancial con el paso del tiempo, cosa lógica ya que la producción tiende a adaptarse a la demanda y ésta se sujeta a los cambios de necesidades y funciones. Sin embargo, aún así se mantuvieron hasta hoy ciertas analogías formales con la loza indígena, por ejemplo el parecido en apéndices como las asas acodadas, o hasta remotas similitudes en algunas formas de recipientes, como los tostadores y ollas. De todas maneras, no concedemos tanta importancia al aspecto formal que, como hemos dicho, está sujeto a los cambios que demandan los nuevos usos y necesidades de una cultura distinta, pero sí se la concedemos a los aspectos técnicos.

J. Cuenca Sanabria (1980; 1986, 100) opina que algunas de las comunidades aborígenes que sobrevivieron a la conquista permanecieron relativamente aisladas, aunque en contacto directo con la sociedad de los conquistadores, técnicamente más avanzada, lo cual implicó cambios sustanciales en sus costumbres, aunque manteniendo algunos de sus rasgos culturales, entre ellos la alfarería.

Bien, esto no explica por sí mismo que ese tipo de cerámica indígena consiguiera imponerse en el mercado y que los conquistadores acabaran por aceptarla. Sobre todo porque la producción alfarera de los antiguos canarios tenía un elevado contenido simbólico vinculado a su mundo mágico-religioso, expresado en su decoración y hasta en la forma de algunos apéndices. Evidentemente, para la mentalidad cristiana del europeo, aquello era inaceptable.

En nuestra opinión, el fracaso total o parcial de los alfareros peninsulares (andaluces generalmente) que intentaron instalarse en Canarias, obligó a los colonos europeos a mantener

una gran parte del abastecimiento de cerámica por la vía de la importación, que encarecía notablemente su coste. Lo cual les induciría a acabar aceptando algunos pocos productos de tradición indígena, menos apreciados y duraderos pero más asequibles.

A finales del siglo XV y principios del XVI, los inventarios de bienes que figuran en algunos testamentos o los que hacían a posteriori los albaceas (M. RONQUILLO, 1992, 41; M. LOBO, 1979, 48 y 61), nos suelen mostrar una vajilla y menaje de cocina mayoritariamente compuesta por loza importada (platos de Málaga, lebrillos vidriados en verde, escudillas blancas, tinajuelas blancas, jarras blancas, cántaras, cántaros, tinajas), así como por elementos de vidrio y metálicos (picheles y saleros de estaño; calderas de cobre; sartenes, parrillas, trébedes y asadores de hierro)... El ajuar doméstico solía incluir tallas para agua, de las que no se menciona origen, aunque es una de las piezas características de la alfarería popular canaria de los siglos posteriores.

La mayoría de los indígenas, incapacitados económicamente para acceder a las piezas de importación y por propia tradición, debieron seguir abasteciéndose de sus propios productos, aunque eliminando de ellos todo lo que reportara sospecha de paganismo, como los símbolos pintados y los apéndices que tuvieran la mínima connotación mágico-religiosa o sexual. El bajo coste de esta producción local y su aceptable calidad harían que, poco a poco, se superaran los prejuicios y comenzaran a adquirirla otros sectores, seguramente primero los niveles más bajos de la sociedad, luego gran parte de ella. Es más que probable que, mientras tanto, sufrieran influjos de otros estilos cerámicos, con los que quizás se produjo cierta asociación sincrética, entre ellos no descartamos la influencia de los moriscos, introducidos en Gran Canaria tras la conquista, y a los propios colonos europeos de diversa procedencia, pero manteniendo muchos de sus atributos originarios. A título de ejemplo, pudiera ser que las tallas o bernegales que se fabricaban en Canarias, estuvieran inspiradas en la idea de las tallas, bernegales o alcarrazas peninsulares, aunque las artesanas locales lo elaborasen modelándolos a mano y recubier-

tos de almagre al estilo indígena, y dándoles una forma a caballo entre los modelos exteriores y los suyos tradicionales.

Todo este proceso debió tener lugar en el siglo XVI. A este respecto, conviene tener en cuenta de nuevo los inventarios de bienes de los pobladores de principios de ese siglo. Nos ha llamado la atención que a veces se distinga entre loza «blanca» y loza «colorada», que probablemente esté haciendo referencia a las cerámicas blancas de Andalucía y el Mediterráneo español, de donde procedía la inmensa mayoría de las importaciones, frente a la loza roja de almagre de la producción local. En otros casos, esos inventarios, que suelen ser muy detallados y describen pieza por pieza la loza importada, después de hacerlo añaden la coletilla de «*y cierta loça*», lote que suele adquirir bajo precio en las subastas, por lo que probablemente se trate o bien de menudeo importado o de cerámica popular local de bajo valor.

A título de ejemplo, un vecino de La Laguna (Tenerife) muerto en 1520, poseía de loza blanca una tinajuela, un jarrillo y un jarro; mientras que de loza colorada sólo una talla. En el mismo lugar y año, una mujer poseía seis platos y una jarra de los que se especifica que son blancos, un lebrillo que se dice es verde (vidriado) y una talla, la única de la que no se dice su color, probablemente por exclusión y/o porque se sobrentendían sus características (M. LOBO, 1979, 48 y 180-182). En ambos casos es precisamente la talla la pieza que sospechamos es de producción canaria, cosa que más tarde está plenamente demostrado en los ajuares domésticos insulares.

No obstante, la producción local nunca llegó a eliminar totalmente la importación de loza, sobre todo en la medida en que representaba una manifestación de prestigio. Las clases altas probablemente nunca usaron la loza popular, salvo alguna pieza que debiera permanecer fuera de la vista. Gran parte de la población urbana siempre usó bastante loza importada, particularmente la que estaba destinada a la mesa y, en general, la que debiera transgredir el discreto umbral de la cocina y la despensa, donde la loza popular sí tenía cabida. Las clases humildes, tanto rural como urbana, que durante el anti-

guo régimen constituían la gran mayoría de la población, consumieron cerámica popular en mayor proporción, aunque siempre tuvieran piezas importadas.

4.2. *Alfares de las Canarias occidentales y Fuerteventura: ¿un origen grancanario?* (figs. 14 y 15B)

El *segundo escalón* de trasmisiones es *el interinsular*. Siempre hemos defendido que las alfarerías populares que conocemos de las cuatro islas occidentales tienen un origen grancanario que, en unos casos, puede que sea directo y en otros escalonado. Pensamos que hoy no se puede seguir sosteniendo que la loza popular actual descienda unilinealmente de la cerámica guanche, auarita, gomera o bimbache. Por el contrario, sólo la cerámica indígena de Gran Canaria, por su calidad y bajo coste, fue capaz de competir en el mercado y difundirse a gran parte del Archipiélago como un producto destinado básicamente al consumo de las clases populares, no tanto en forma de exportación interinsular, sino instalándose alfareras canarias en otras islas. ¿Cuando se produjo esto? Ya hemos visto cómo a principios del siglo XVI existe en La Laguna «loza colorada», de la que sospechamos pudiera tratarse de la misma que hoy conocemos como «loza popular». La duda estriba en si esa loza, de ser realmente la misma, había sido elaborada ya en Tenerife o se había importado desde la isla de Gran Canaria.

Durante un tiempo después de la conquista, los indígenas seguirían manteniendo su producción cerámica, sobre todo en las zonas más alejadas de la influencia de los núcleos de asentamiento de los nuevos colonos. Pero no dudamos que, al menos en Tenerife, la presencia de indígenas grancanarios instalados masivamente en varias partes de la isla a fines del siglo XV y principios del XVI, debió generar una transmisión de ciertos conocimientos técnicos a los guanches. Ese pudo ser el caso de las cuevas artificiales, casualmente difundidas de manera rápida en aquellas partes donde los canarios obtuvie-

ron datas de tierras y se asentaron. También pudo ocurrir lo mismo con la cerámica que, en ese caso, llegaría con los canarios, bien en su forma originaria, o en la forma «adaptada» al nuevo orden que antes hemos señalado para Gran Canaria.

Al margen de que esta hipótesis fuera o no cierta, tampoco descartamos la arribada de loceras grancanarias a Tenerife a lo largo del siglo XVI y en los siguientes. De hecho, el tránsito de loceras entre islas es algo que existió, y se inserta simplemente en la dinámica general de movilidad de la población. En ello tienen mucho que ver los avatares socioeconómicos, las oscilaciones de la demanda de mano de obra, las crisis económicas, las hambrunas, e incluso las circunstancias familiares o personales, etc. Son conocidas las migraciones masivas de lanzaroteños y majoreros hacia Gran Canaria, Tenerife y La Palma, en épocas de crisis; de gomeros a Tenerife; o herreños a Tenerife y Gran Canaria. Pero también ha habido continuados desplazamientos de menor entidad entre las distintas islas.

Ya hemos visto cómo, después de la conquista, una forma renovada de la cerámica aborigen grancanaria acabó por instalarse en Tenerife. Pues bien, llegados a este punto, caben dos posibles interpretaciones de los alfares de las restantes islas occidentales: la tradición llegó directamente desde Gran Canaria o de manera escalonada, es decir, fue re-enviada desde otra isla. Ambas posibilidades son compatibles.

A este respecto, conviene tener en cuenta el caso de La Gomera. En un tiempo se decía que el actual centro alfarero de El Cercado (Chipude) era continuador de las viejas tradiciones indígenas de esa isla. Sin embargo, desde hace décadas ya se habían observado grandes similitudes con la alfarería popular tinerfeña (A. MEDEROS, 1944) y, en el Primer Congreso de Alfarería Popular Canaria, celebrado en La Guancha (Tenerife) en 1983, el colectivo de estudiosos sobre estos temas aportó pruebas de que ese alfar fue fundado en el siglo pasado por un tinerfeño llamado «el Guiero» y sus hijas, que procedían del alfar de Arguayo (Tenerife). Por tanto, aunque la cerámica prehistórica gomera perviviera después de la colonización castellana durante largo tiempo, quizás hasta el si-

glo XVII en algunas zonas, luego acabaría por abandonarse y adoptar otras técnicas y estilos de cerámica popular de mejor calidad, comunes al resto del Archipiélago en los siglos pasados. Parece ser que hubo un alfar en Vallehermoso y otro en Alajeró, cuyo origen desconocemos y que acabaron por extinguirse. Mientras, se importaba también loza desde Tenerife, como las características ollas del alfar de San Andrés. Hasta que en el XIX llegaron desde el Sur de Tenerife la familia del Guiero, que tuvieron que adaptar sus conocimientos aprendidos en origen a las cualidades de los barros locales, dando lugar a la peculiar loza de panza baja del Cercado que es, por tanto, hija de la loza tinerfeña, nieta de la grancanaria, bisnieta de la magrebí.

El *tercer escalón* de transmisiones es el *tránsito dentro de una misma isla*. Generalmente, bien por la vía del matrimonio, bien por necesidad de acercarse a los puntos de demanda o por otras causas, a veces una o varias loceras cambiaban de domicilio dentro de una misma isla, surgiendo un nuevo alfar, de pequeño o gran tamaño, de corta o larga duración. Por ejemplo, ese fue el caso de Teguedite (Arico, Tenerife), una de cuyas loceras procedía del gran centro alfarero de Candelaria, fenómeno muy común en todas las islas, por ejemplo en Fuerteventura, donde desde el centro del Valle de Santa Inés se trasladó una locera a Tiscamanita o el recién surgido de Tindaya.

Así iban surgiendo diminutos alfares de limitada producción y a veces de vida efímera, repartidos por toda la geografía insular, que de esta manera acercaban el centro productor a los consumidores potenciales y a la materia prima necesaria para la loza.

Otras veces, la llegada de inmigrantes de otra isla fue la causa de un cambio parcial en el estilo del alfar local, que adoptaba algunos modelos de vasijas según los gustos de la isla o localidad de procedencia de los inmigrantes, como ocurrió con la llegada de gentes desde Fuerteventura al Sur de Tenerife (según opinión del colectivo El Alfar).

En otros casos, la calidad, el precio o el simple prestigio de los productos de un centro locero podía conllevar que su

producción tuviera salida fuera de su propia isla. Eso ocurrió con el gran centro alfarero ubicado en el Valle de San Andrés, cerca de Santa Cruz de Tenerife. Fabricaba una cerámica peculiar, de paredes muy estrechas en la panza, pero marcado engrosamiento en los bordes; la superficie externa tiene un aspecto estriado muy característico, que es producto de un particular sistema de alisado; carece de almagre y tratamiento de bruñido; la pasta suele tener una coloración marrón y marrón-grisáceo. No conocemos la fecha exacta de su fundación, aunque es posible que surgiera en el siglo XVIII e incluso puede que en el XVII, teniendo su período álgido de máxima producción en la centuria XIX, época en que San Andrés producía una extraordinaria cantidad de loza, sobre todo ollas, la cual se vendía, no sólo por todo Tenerife, sino que se exportaba en gran cantidad a otras islas (con seguridad a Lanzarote, Fuerteventura, La Gomera y puede que a La Palma y El Hierro). Por eso es tan frecuente encontrarla en el campo, en los antiguos caminos, en viejas casas, e incluso en la superficie de muchos yacimientos arqueológicos reutilizados históricamente.

Los alfares populares de Tenerife que producían loza almagrada pervivieron más tiempo, hasta bien entrado este siglo, por dos razones: A) Porque, siendo un producto local, disminuían los costes de transporte de la materia prima y de las manufacturas, y abarataban consecuentemente la loza, haciéndola más accesible. Por ejemplo, reducían la necesidad de llevar la cerámica por tierra o mar hasta localidades alejadas y a otras islas, porque cada alfar atendía a una zona relativamente accesible. Por tanto, la producción y distribución se acomodaban algo más a un sistema económico autárquico. B) Esta cerámica era estéticamente mejor que la de San Andrés y su producción mucho más diversificada, por lo que la demanda se mantuvo algo más. De todas maneras, la loza industrial importada y las ollas metálicas acabaron por arruinar a las viejas olleras. Las primeras en sucumbir en las últimas décadas del siglo XIX fueron las de San Andrés, que desde antes ya estaban en franca crisis, mientras que algunos alfares que producían otros tipos de piezas de cerámica almagrada se

mantuvieron en Tenerife durante algunas décadas del siglo xx. Los más conocidos eran: los de La Victoria y el Farrobo (La Guancha) en el Norte; el de Arguayo en el Oeste; San Miguel de Abona, Teguedite (Arico), La Cisnera (Arico) y Candelaria en el Sur. El centro alfarero de Candelaria ya era famoso a finales del siglo xviii y se mantuvo hasta principios del xx, y la mayoría de la producción la exportaba a Santa Cruz. Por el contrario los alfares de Arico tenían una producción mucho más limitada y perduraron aproximadamente hasta la década de 1930.

La loza de Fuerteventura puede incluirse en este mismo grupo. El último núcleo donde se mantiene esta actividad es el Valle de Santa Inés (Betancuria), donde se produce —o producía— una loza con técnicas de elaboración semejantes a las restantes islas, incluyendo el empleo de almagre. Una diferencia estriba en que la cocción se hace en una hoguera al aire libre (J. S. López, 1998). Las formas de las piezas también tienen un parentesco cercano, aunque, como es lógico, comparte ciertas semejanzas con Lanzarote. Por ejemplo, la forma de los tojios es muy parecida en ambas islas, pero también tienen semejanza con los tarros de Tenerife o La Gomera.

4.3. *Alfar de Lanzarote: ¿origen «morisco»?* (fig. 15A)

El centro alfarero emblemático de Lanzarote era El Mojón. Entre el repertorio de piezas originarias de este sitio están las bandejas, las asaderas y el característico «tojio» o «tofio», tarro con gran vertedero, al que se le ha querido ver una relación con piezas similares de época prehispánica (R. González, 1977, 86). Sin embargo, otras formas y algunos aspectos del procedimiento de elaboración son singulares. En este último terreno, destaca el empleo de un engobe a base de *tegue*, una tierra caliza que confiera a la superficie de la pieza una característica tonalidad blanca u ocre, sobre la que se pintan con almagre un restringido grupo de motivos florales y geométricos.

Eso nada tiene que ver con la tradición aborigen, ni con las restantes producciones históricas del Archipiélago, aunque sí presentan ciertas analogías con alfares magrebíes actuales. Hay algunas semejanzas con lozas de la región costera argelina de la Pequeña Kabilia, concretamente en la zona de Guergour, Chouarfa, etc. Pero parecen ser mayores en el ámbito marroquí, tanto en El Rif como en las cuencas meridionales del Sus y el Draa, donde el colectivo El Alfar ha encontrado paralelos en la morfología de las piezas y en la decoración (EL ALFAR, 1998: 44).

Mirar hacia Marruecos parece lo más lógico, porque la mayoría de los norteafricanos establecidos en Canarias en los últimos cinco siglos tenían ese origen, mientras que argelinos fueron muchos menos. El traspaso de población de «Berbería» a esta isla fue muy notable, a causa de las cabalgadas de los señores feudales de Lanzarote y Fuerteventura hasta la vecina costa para capturar esclavos. Estas razias comenzaron ya en el siglo XV, se incrementaron en el XVI y descendieron en el XVII. La zona afectada por ellas era la comprendida entre los cabos Ghîr y Bojador, según lo acordado con Portugal a partir de los tratados de Alcaçovas, Tordesillas y Sintra (M. LOBO, 1982, 70), pero se centraron con mayor intensidad entre Berzekh Ghîr y Berzekh Tarfâia, desembarcando en los alrededores de los tres grandes puntos de agua de la zona: Ouêd Soûs, Ouêd Dra'a y el ouêd-pozo de Um Esbed (zona donde pensamos que pudiera estar el lugar denominado «San Bartolomé» en la documentación). En contrapartida, desde los actuales territorios de Marruecos y Argelia se produjeron, a su vez, varias expediciones contra Lanzarote y otras islas, sobre todo las armadas argelinas del siglo XVII que arrasaron la isla, llevando consigo muchos cautivos lanzaroteños.

Eso quiere decir que la mayor parte de los norteafricanos establecidos en Canarias, y concretamente en Lanzarote hasta principios del siglo XVII, procedían del Sur de Marruecos. Aunque unos pocos llegaron al archipiélago a través de Portugal o Castilla, tanto moriscos expulsados de esos reinos, como esclavos originarios de Marruecos y Argelia. También llegaron a Lanzarote y otras islas algunos portugueses y castellanos,

cautivos o renegados, que habían permanecido largo tiempo en los reinos norteafricanos; así como gentes naturales de los actuales territorios de Marruecos, Argelia y Túnez, que se instalaron en las islas de manera voluntaria.

En la citada centuria y siguientes prosiguió la instalación de maghrebíes y, cuando bajo el reinado de Felipe III se produjo el decreto de expulsión de los moriscos de España, Canarias fue una excepción dado el nivel de integración de los norteafricanos en la sociedad insular. El caso más extremo eran precisamente Fuerteventura y, sobre todo, Lanzarote, donde la mayoría de sus pobladores eran ya norteafricanos con religión islámica o tibiamente cristianizados. Su impronta en las costumbres, en la cultura popular de estas dos islas resulta notable y la cerámica del Mojón puede ser una prueba más de ello.

En todo caso, con ésta se cerraría la serie de tradiciones loceras que, durante dos milenios, estuvieron arribando a Canarias desde el Norte de Africa. Las trajeron consigo alfareras maghrebíes de épocas y lugares distintos, integradas en los sucesivos contingentes humanos que se instalaron en este archipiélago y que, junto a otros grupos de origen europeo y una minoría oesteafricana, contribuyeron a configurar la actual población canaria.

Agadir, 1994 [3]

BIBLIOGRAFÍA

ABREU GALINDO, J. DE (1977) [1632]: *Historia de la Conquista de las Siete Islas de la Gran Canaria*. Notas de A. Cioranescu. Santa Cruz de Tenerife (Goya Ed.).

ACOSTA, C.; M. CEJUDO y J. MIRANDA (1988): «Materiales procedentes de Fuerteventura depositados en El Museo Canario», *Tebeto. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura* (Puerto del Rosario), 1, pp. 205-221.

ACOSTA MARTÍNEZ, P., y M. PELLICER CATALÁN (1976): «Excavaciones arqueológicas en la Cueva de la Arena (Barranco Hondo, Tenerife)», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 22, Madrid-Las Palmas, pp. 125-184.

[3] Actualizado en 1998.

AFONSO GARCÍA, M. (1983): *Greda. Manual de alfarería popular canaria,* Santa Cruz de Tenerife (Centro de la Cultura Popular Canaria).

ALARCÓN, A. (1987): *La alfarería del Rif (Marruecos),* Tánger (manuscrito inédito, Biblioteca particular José Ángel Hernández Marrero-Colectivo El Alfar).

ARCO AGUILAR, M. C. (1985): «Excavaciones en la Cueva de Don Gaspar (Icod de los Vinos, Tenerife)», *Noticiario Arqueológico Hispánico,* 20, Madrid, pp. 257-377.

— M. C. JIMÉNEZ GÓMEZ y J. F. NAVARRO MEDEROS (1992): *La arqueología en Canarias: del mito a la ciencia,* Santa Cruz de Tenerife (Interinsular/Ediciones Canarias).

ARNAY DE LA ROSA, M., y E. GONZÁLEZ REIMERS (1984a): «Vasos cerámicos prehispánicos de Tenerife: un análisis estadístico», *Anuario de Estudios Atlánticos,* 30, Madrid-Las Palmas, pp. 79-102.

— (1984b): «Descripción de tres vasos cerámicos de la isla del Hierro», *El Museo Canario,* XLVI, Las Palmas, pp. 21-28.

— (1987): «La cerámica decorada prehispánica de Tenerife», *Tabona,* VI, pp. 241-277.

— (1987a): «La cerámica decorada prehispánica de Tenerife», *Tabona,* VI, pp. 241-277.

— (1987b): «Anforoides en La Palma: su paralelismo con las ánforas prehispánicas de Tenerife», *Anuario de Estudios Atlánticos,* 33, Madrid-Las Palmas, pp. 691-704.

— (1988a): «Similitud entre ciertos tipos cerámicos de La Palma, El Hierro y Tenerife», *Anuario de Estudios Atlánticos,* 34, Madrid-Las Palmas, pp. 645-661.

— (1988b): «Hallazgos arqueológicos en el Malpaís de Los Toneles (Fuerteventura)», *Tebeto. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura* (Puerto del Rosario), 1, pp. 111-128.

— C. GONZÁLEZ PADRÓN y J. A. JORGE HERNÁNDEZ (1983): «Ánforas prehispánicas en Tenerife», *Anuario de Estudios Atlánticos,* 29, Madrid-Las Palmas, pp. 599-634.

— A. MARTÍN HERRERA y J. A. JORGE HERNÁNDEZ (1985): «Técnicas de reparación en la cerámica aborigen de Tenerife», *Anuario de Estudios Atlánticos,* 31, Madrid-Las Palmas, pp. 599-612.

ATOCHE PEÑA, P. (1992): «Análisis morfométrico y funcional de los recipientes cerámicos de los antiguos habitantes de Lanzarote», *Investigaciones Arqueológicas en Canarias,* 3, pp. 39-81.

— (1993): «Excavaciones arqueológicas en "El Bebedero" (Teguise, Lanzarote). Segunda campaña, 1987», *Eres (arqueología),* 4, núm. 1, Santa Cruz de Tenerife, pp. 7-19.

— M. D. RODRÍGUEZ ARMAS y M. A. RAMÍREZ RODRÍGUEZ (1989): *El yacimiento arqueológico de "El Bebedero" (Teguise, Lanzarote). Resultados de la primera campaña de excavaciones,* Madrid (Universidad de La Laguna, Ayuntamiento de Teguise).

AUMASSIP, G. (1971): «La poterie préhistorique d'Oranie d'après les documents déposés au Musée Demaeght a Oran», *Libyca*, XIX, Alger, pp. 137-162.

— F. MARMIER et G. TRECOLLE (1969): «Dégraissants et forme des poteries (Remarques à propos de la céramique d'Hassi Mouillah)», *Lybica Anthr.*, XVII, Alger, pp. 267-270.

BAILLOUD, G., et P. MIEG DE BOOFZHEIM (1964): «La necropole neolithique d'El-Kiffen près de Tamaris (Province de Casablanca, Maroc)», *Libyca*, XII, Alger, pp. 95- 171.

BALFET, H. (1956): «Les poteries modelées d'Algérie dans les collections du Musée du Bardo», *Lybica Anthr.*, IV, Alger, pp. 289-345.

— (1966): «Ethnographical observations in North Africa», *Ceramics and Man* F. Matson Ed., London, pp. 161-177.

— (1991): «Chaîne opératoire et organisation sociale du travail: quatre exemples de façonnage de poterie au Maghreb», *Observer l'action technique. Des chaînes opératoires, pour quoi faire?* Sous la direction de Hélène Balfet. *Matières et Menières*, Paris (CNRS), pp. 87-96.

BASSET, H. (1925): «Les troglodytes de Taza», *Hespéris*, V, pp. 427-442.

BENÍTEZ REYES, P., y D. MARRERO FUENTES (1998): «Aproximación a la alfarería popular de Candelaria», *El Pajar. Cuaderno de Etnografía Canaria*, II época, núm. 3, La Orotava de Tenerife, pp. 17-22.

BÉTHENCOURT MASSIEU, A. DE (1970): «Canarias, Berbería e Inquisición, 1578-1610. Aportaciones para un estudio», *Homenaje a Elías Serra Ráfols*, I, Universidad de La Laguna, pp. 223-247.

CAMPS, G. (1961): *Aux origines de la Berbérie. Monuments et rites funéraires protohistoriques*, Paris.

— (1964): *Corpus des poteries modelées. Retirées des monuments funéraires protohistoriques de l'Afrique du Nord.* Travaux du Centre de Recherches Anthropologiques, Préhistoriques et Ethnographiques. Conseil de la Recherche Scientifique en Algerie, Paris (A.M.G.).

— (1967): *Cerámique protohistorique du Maghreb.* Fiches Typologiques Africaines, 5e Cahier: Fiches 129-166, Paris (CRAPE).

— (1985): «Les relations entre l'Europe et l'Afrique du Nord pendant le Neolithique et le Chalcolithique», *Ponencias del XVIII Congreso Nacional de Arqueología (Canarias, 1985)*, Las Palmas, pp. 49-70.

— (1985) [1980]: *Les Berbères. Mémoire et identité*, Paris (Éditions Errance).

CAMPS-FABRER, H. (1966): *Matière et Art Mobilier dans la Préhistoire nord-africaine*, Paris (A.M.G.).

COLECTIVO CULTURAL ARGUAYO (1983): «El hombre como elemento atípico de la alfarería tradicional canaria: El Guiero», *Primer Congreso de Alfarería Popular Canaria (La Guancha, Tenerife, 15 al 18 de diciembre de 1983)*, Comunicación leída en la segunda sesión. Inédita.

— (1998): «Centro alfarero de Arguayo. Patrimonio Etnográfico de la Humanidad», *El Pajar. Cuaderno de Etnografía Canaria*, II época, núm. 4, La Orotava de Tenerife, pp. 28-31.

CUENCA SANABRIA, J. (1980): «La cerámica aborigen y popular de Gran Cana-

ria. Apuntes para establecer una analogía etnográfica», *Aguayro,* 129, Las Palmas, pp. 6-9.

— (1981a): «La Atalaya de Santa Brígida, primitivo centro locero de Gran Canaria», *Aguayro,* 130, Las Palmas, pp. 6-11.

— (1981b): «Las Cuevas de Pineda: un centro alfarero de tradición aborigen en el noroeste de Gran Canaria», *Aguayro,* 131, Las Palmas, pp. 23-25.

— (1981c): «Cerámica popular: Lugarejos, una antigua localidad alfarera del interior de Gran Canaria», *Aguayro,* 134, Las Palmas, pp. 10-13.

— (1986): «La alfarería tradicional de Gran Canaria y sus relaciones con el mundo bereber», *España y el Norte de África. Bases históricas de una relación fundamental. Actas del Primer Congreso Hispano-Africano de las culturas mediterráneas (Melilla, 1984),* Melilla, pp. 99-110.

— (1996): «Grabados y pinturas rupestres de Gran Canaria», *Manifestaciones rupestres de las Islas Canarias,* Santa Cruz de Tenerife (Dirección General de Patrimonio Histórico).

DIEGO CUSCOY, L. (1954-1998): «La alfarería isleña en peligro» (*El Día,* 8 de septiembre de 1954). Texto reeditado y comentado por JOSÉ ÁNGEL HERNÁNDEZ MARRERO en *El Pajar. Cuaderno de Etnografía Canaria,* II época, núm. 4, La Orotava de Tenerife, pp. 37-38.

— (1963): *Paletnología de las Islas Canarias.* Publicaciones del Museo Arqueológico de Tenerife (S.I.A.), 3.

— (1964): *Una cueva sepulcral del Barranco del Agua de Dios en Tegueste (Tenerife).* Excavaciones Arqueológicas en España, 23, Madrid.

— (1968): *Los Guanches. Vida y cultura del primitivo habitante de Tenerife.* Publicaciones del Museo Arqueológico de Tenerife (S.I.A.), 7.

— (1970): «Contribución al estudio de la cerámica de Tenerife», *XI Congreso Nacional de Arqueología,* Zaragoza, pp. 385-394.

— (1971): *Gánigo. Estudio de la cerámica de Tenerife.* Publicaciones del Museo Arqueológico de Tenerife (S.I.A.), 8.

— (1973): «Escondrijo y ajuar del "Risco de los Guanches" (Tacoronte-Tenerife)», *El Museo Canario,* XXXV, Las Palmas, pp. 29-39.

EL ALFAR (1998a): «La cerámica pintada de El Mojón. Apuntes para su estudio», *El Pajar. Cuaderno de Etnografía Canaria,* II época, núm. 3, La Orotava de Tenerife, pp. 39-44.

— (1998b): «El Alfar, un proyecto en espiral», *El Pajar. Cuaderno de Etnografía Canaria,* II época, núm. 4, La Orotava de Tenerife, pp. 16-21.

ESPINEL CEJAS, J. M. (1994): «El Drago, antiguo alfar de San Miguel de Abona (Tenerife)», *Tenique. Revista de Cultura Popular Canaria,* 1, Santa Cruz de Tenerife, pp. 51-70.

FARIÑA GONZÁLEZ, M. A. (1998): «Las loceras de San Miguel de Abona (Tenerife)», *El Pajar. Cuaderno de Etnografía Canaria,* II época, núm. 3, La Orotava de Tenerife, pp. 49-58.

FAYOLLE, V. (1992): *La poterie modelée de Maghreb Oriental. De ses origines au XX^e siècle. Technologie, morphologie, fonction,* Paris (CNRS).

FRANCISCO GARCÍA, J. (1944): «La alfarería en La Palma», *Palabras y Cosas. Co-*

lección de ensayos y notas de folklore canario, I, La Laguna (Instituto de Estudios Canarios), pp. 165-170.

GALLAY, A. (1986): «Protohistoire et Ethnologie Ouest-Africaine: (non) pertinence du codage ceramique», *A propos des interprétations archéologiques de la poterie: questions ouvertes,* Éditions recherche sur les Civilisations, «Memoire», núm. 64, Paris, pp. 109-165.

GENNEP, A. VAN (1918): *Les poteries peintes d'Afrique du Nord,* Oxford.

GILMAN GUILLÉN, A. (1975): *The later prehistory of Tangier, Morocco,* Harvard.

GONZÁLEZ ANTÓN, R. (1972): *Tipología de la cerámica prehispánica de Gran Canaria,* Santa Cruz de Tenerife.

— (1985): «La cerámica popular como continuación de la vida aborigen», *Estudios Canarios,* XXVI-XXVII, La Laguna, pp. 65-66.

— con la colaboración de M. J. LORENZO PERERA (1977): *La alfarería popular en Canarias,* Santa Cruz de Tenerife (Aula de Cultura de Tenerife).

GRUNER, D. (1973): *Die Berber-keramik. Am beispiel der orte Afir, Merkalla, Taher, Tiberguent und Roknia,* Weibaden (Franz Steiner Verlag GMBH).

HERBER, J. (1922): «Tecniques des poteries rifaines de Zerhoun», *Hespéris,* II, pp. 241-259.

HERNÁNDEZ, F., y M. D. SÁNCHEZ (1983): «Conjunto de vasijas prehispánicas procedentes de una cueva en Huriame (Fuerteventura)», *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch,* IV, Madrid, pp. 271-279.

HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, S. M. (1998): «Sobre antropología, turismo y artesanía: algunos cambios en la cerámica canaria», *El Pajar. Cuaderno de Etnografía Canaria,* II época, núm. 4, La Orotava de Tenerife, pp. 13-15.

HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. (1984): «Estado actual de la investigación sobre el Archipiélago Canario prehispánico», *V Coloquio de Historia Canario-Americana,* pp. 9-31.

JIMÉNEZ GÓMEZ, M. C. (1993): *El Hierro y los Bimbaches,* Colección «Prehistoria de Canarias», 6, Santa Cruz de Tenerife (CCPC).

JIMÉNEZ SÁNCHEZ, S. (1958): «Cerámica grancanaria prehispánica de factura neolítica», *Anuario de Estudios Atlánticos,* 4, Madrid-Las Palmas, pp. 193-244.

JODIN, A. (1964): «Vases modelées du Musée de Tanger», *Bulletin d'Archeologie Marocaine,* V, Rabat, pp. 325-329.

LEFEBVRE, G. (1967): «Les poteries du Chenoua», *Lybica,* XV, Alger.

LEZCANO MONTALVO, P. (1944): «Visita a La Atalaya de Gran Canaria», *Palabras y Cosas. Colección de ensayos y notas de folklore canario,* I, La Laguna (Instituto de Estudios Canarios), pp. 171-184.

LOBO CABRERA, M. (1979): *Protocolos de Alonso Gutiérrez (1520-1521),* Fontes Rerum Canariarum, XXII, La Laguna.

— (1982): *La esclavitud en las Canarias Orientales en el siglo XVI (negros, moros y moriscos),* Las Palmas (Cabildo Insular).

LÓPEZ GARCÍA, J. S. (1983): «Cerámica popular canaria: taller de Hoya de Pineda de Gáldar», *Anuario de Estudios Atlánticos,* 29, pp. 567-478.

LÓPEZ MÁRQUEZ, J. S. (1998): «La cerámica tradicional de Fuerteventura», *El*

Pajar. Cuaderno de Etnografía Canaria, II época, núm. 3, La Orotava de Tenerife, pp. 83-86.

LORENZO PERERA, M. J. (1987): *La cerámica popular de la isla de El Hierro,* Islas Canarias (Cabildo Insular de El Hierro/Colectivo Cultural Valle de Taoro).

MARTÍN DE GUZMÁN, C. (1984): *Las culturas prehistóricas de Gran Canaria,* Madrid.

— (1988): «El horizonte cultural "Cueva Pintada" y el sustrato mediterráneo (Ensayo de aproximación y estrategia epistemológica)», *VI Coloquio de Historia Canario-Americana (Las Palmas, 1984),* tomo 2,1, Las Palmas, pp. 204-298.

MARTÍN RODRÍGUEZ, E. (1992): *La Palma y los auaritas,* La prehistoria de Canarias, 3, Santa Cruz de Tenerife (Centro de la Cultura Popular de Canarias).

M.A.R.A. (1982): *À la rencontre de la poterie modelée en Algérie,* Alger (M.A.R.A.: Ministère de l'Agriculture et de la Révolution Agraire).

MEDEROS SOSA, A. (1944): «La alfarería chipudiense y sus relaciones con la de Tenerife», *Tradiciones Populares: Palabras y Cosas,* 1, La Laguna (IEC), pp. 185-197.

MORALES PADRÓN, F. (1978): *Canarias. Crónicas de su conquista,* Las Palmas (Museo Canario).

MOREAU, J. B. (1976): *Les grands symboles méditerranéens dans la poterie algérienne,* Alger (SNED).

MUSSO, J.-C. (1971): *Dépots rituels des sanctuaires ruraux de la Grande Kabylie,* Paris.

NAVARRO MEDEROS, J. F. (1990): «Los poblados prehispánicos de "La Restinga" y "Los Barros" (Telde, Gran Canaria). Algunos problemas de interpretación», *Serta Gratulatoria in honorem Juan Régulo,* IV *(Arqueología y Arte. Miscelánea),* La Laguna, pp. 211-232.

— (1991): «El poblamiento prehistórico», *Historia de Canarias,* t. I, cap. 3, Las Palmas (Ed. Prensa Ibérica).

— (1992): *Los gomeros. Una prehistoria insular,* Santa Cruz de Tenerife (Viceconsejería de Cultura y Deportes. Gobierno de Canarias).

— (1998): «La cerámica aborigen de La Palma», *El Pajar. Cuaderno de Etnografía Canaria,* II época, núm. 3, La Orotava de Tenerife, pp. 17-22.

— y E. MARTÍN RODRÍGUEZ (1987): «La Prehistoria de la isla de La Palma: una propuesta para su interpretación», *Tabona,* VI, La Laguna, pp. 147-184.

— E. MARTÍN RODRÍGUEZ y A. C. RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ (1990): «La primera etapa del programa de excavaciones arqueológicas en Cuevas de San Juan y su aportación a la diacronía de la prehistoria de La Palma», *Investigaciones Arqueológicas en Canarias,* II, Santa Cruz de Tenerife, pp. 187-202.

ONRUBIA PINTADO, J. (1995): «Les tessons peints de Ghar Cahal (Maroc septentrional). Encore de recherches sur l'antiquité de la cerámique modelée et peinte en Afrique du Nord», *L'Homme Méditerranéen. Mélanges offerts à Gabriel Camps.* Publications de l'Université de Provence, Aix-en-Provence (L.A.P.M.O.), pp. 127-142.

PADILLA MONTOYA, C. (1980): «Las loceras de El Cercado», *Narria,* 19, pp. 22-25.
PERAZA DE AYALA, J. (1970): «Los moriscos de Tenerife y acuerdos sobre su expulsión», *Homenaje a Elías Serra Ráfols,* III, Universidad de La Laguna, pp. 107-127.
PÉREZ DE BARRADAS, J. (1939): *Estado actual de las investigaciones prehistóricas sobre Canarias (memoria acerca de los estudios realizados en 1938 en "El Museo Canario",* Las Palmas (Ed. del Museo Canario).
PÉREZ RODRÍGUEZ, M. (1982): «La alfarería de Acentejo», *Aguayro,* 141, pp. 29-30.
PÉREZ SAAVEDRA, F. (1989): *La mujer en la sociedad indígena de Canarias,* La Cuesta (Tenerife), 3.ª ed.
PONSICH, M. (1968): *Alfarerías de época fenicia y púnico-mauritana en Kuass (Arcila, Marruecos),* Papeles del laboratorio de Arqueología de Valencia, 4, Universidad de Valencia.
RIVERO VEGA, G. (1998): «El centro locero de La Atalaya», *El Pajar. Cuaderno de Etnografía Canaria,* II época, núm. 4, La Orotava de Tenerife, pp. 32-36.
RONQUILLO RUBIO, M. (1992): «El ajuar de la casa urbana en las Islas Canarias a fines de la Edad Media», *Vegueta,* 0, Las Palmas, pp. 37-42.
ROSA OLIVERA, L. DE LA (1986): *Acuerdos del Cabildo de Tenerife,* V, *1525-1533,* Fontes Rerum Canariarum, XXVI, La Laguna (IEC).
SANTOS MORO, F. DE (1991): *Cerámica de Marruecos,* Madrid (Ministerio de Cultura).
SERRA RÁFOLS, E. (1961): «La cerámica gran canaria y las culturas mediterráneas», *VI Congreso Nacional de Arqueología (Oviedo, 1959),* Zaragoza, pp. 92-94.
— y L. DE LA ROSA OLIVERA (1965): *Acuerdos del Cabildo de Tenerife,* III, *1514-1518,* Fontes Rerum Canariarum, XIII, La Laguna (IEC).
— (1970): *Acuerdos del Cabildo de Tenerife,* IV, *1518-1525,* Fontes Rerum Canariarum, XVI, La Laguna (IEC).
SOLER, V.; J. C. CARRACEDO; J. F. NAVARRO y E. MARTÍN (1987): «Datación paleomagnética del yacimiento de "El Roque de los Guerra", isla de La Palma: implicaciones arqueológicas», *XVIII Congreso Nacional de Arqueología (Las Palmas-La Laguna, 1985),* Zaragoza, pp. 55-56.
SOLER, V.; J. C. CARRACEDO, F. HELLER, J. F. NAVARRO y E. MARTÍN (1987): «Sobre la aplicabilidad de técnicas arqueomagnéticas a materiales cerámicos canarios; primeros resultados», *XVIII Congreso Nacional de Arqueología (Las Palmas-La Laguna, 1985),* Zaragoza, pp. 67-80.
TARRADELL MATEU, M. (1954): «Noticia sobre la excavación de Ghar Cahal», *Tamuda,* II, pp. 344-358.
TREINEN-CLAUSTRE, F. (1982): *Sahara et Sahel à l'Âge du Fer,* Paris.
VERNET, R. (1989): *La Mauritanie des origines au début de l'histoire,* Nouakchott (Centre Culturel Français A. de Saint Exupéry-Sépia).
— (1993): *Préhistoire de la Mauritanie,* Nouakchott (Centre Culturel Français A. de Saint Exupéry-Sépia).